

LUIS LARRAIN ARROYO

cinco días
en La
Habana

UN CHILENO
EN LA CUBA DE FIDEL

EDITORIAL ANDRES BELLO

I. INTRODUCCION

El Gobierno de Chile me designó para representar al país en la VI Conferencia de Ministros de Planificación de América Latina y el Caribe, que se celebraría en La Habana, Cuba, entre el 23 y 26 de marzo de 1987. El evento fue organizado por el ILPES, Instituto del Sistema Naciones Unidas, lo que explica la presencia de una representación del Gobierno de Chile en territorio cubano.

Me acompañó en el viaje Jorge Eugén, Subdirector Regional de ODEPLAN. Juntos vivimos en La Habana cinco días, y lo que vimos, escuchamos y sentimos me ha impresionado profundamente. El relato que sigue intenta transmitir esa experiencia a todos aquellos que con una legítima curiosidad humana hubieran deseado para sí la oportunidad que yo tuve.

Mientras caminaba por las vacías calles de La Habana, mientras conversaba con jóvenes cubanos sobre su vida y sus planes fue incubando en mí la idea, más bien la necesidad, de comunicar lo que había visto. Esa sensación llegó a tornarse en algo casi asfixiante cuando abandonaba la isla volando desde La Habana a Panamá, en un avión de fabricación soviética de la línea Cubana de Aviación. Me volvía a la memoria la frase que tantas veces escuché decir a las muchachas y muchachos cubanos: "Tú te vas, nosotros nos quedamos."

Mi decisión de escribir debió vencer algunas aprensiones. En primer lugar, fuimos muy bien atendidos por las autoridades. Desde Fidel Castro, todos los directivos del gobierno mostraron una especial deferencia al alternar con nosotros, lo que nos ayudó a vencer la natural inquietud que nos producía nuestra condición de repre-

sentantes de Chile. Como el lector podrá advertir en el transcurso de estas páginas, no he omitido detalles para mostrar descarnadamente la realidad de Cuba, lo que estoy seguro no va a ser del agrado de sus gobernantes.

Mi segunda aprensión surge de las consecuencias que podrían sufrir los cubanos que abierta y generosamente me contaron y mostraron la realidad de La Habana. Aunque lo que sigue es una crónica fiel de lo que me aconteció, sin un elemento siquiera de ficción, los nombres de algunas personas, lugares y circunstancias han sido cambiados. Comprenderán más adelante que no es una precaución exagerada.

La necesidad de mostrar a mis compatriotas, especialmente a los jóvenes chilenos, lo que sucede en Cuba me permitió superar mi primera aprensión. Las precauciones que he tomado y mis deseos de rendir en estas páginas un verdadero homenaje a la juventud de La Habana me hacen superar la segunda.

Tal vez por una deformación profesional —soy economista— me siento obligado a advertir a los lectores sobre aquellas circunstancias que limitan y condicionan la opinión que me he formado de Cuba. Soy católico, y como tal contrario al comunismo, que es la ideología y doctrina que ha llevado a los dirigentes cubanos a imponer el tipo de sociedad en que viven sus connacionales. Debo reconocer entonces que fui a Cuba premunido de una especial sensibilidad, dispuesto a escuchar y a ver la realidad más allá de las versiones oficiales.

Adicionalmente, creo en la libertad económica y he encontrado la demostración más palpable de cómo se puede coartar la libertad personal al suprimir todo atisbo de libertad económica.

Debo reconocer por otra parte que, pese a los intensos y ricos que fueron los momentos que viví en La Habana, estuve allí muy poco tiempo, lo que limitó mi posibilidad de conocer lugares y personas. Mi visión, en consecuencia, podría estar sesgada porque hay millones de cubanos que no conocí, con los cuales no tuve opor-

tunidad de conversar. Sin embargo, creo que la realidad global no puede ser muy distinta a la que yo vi. Pequeños detalles que irán surgiendo más adelante me confirman esa impresión.

Por último, La Habana es la capital y la ciudad más importante de Cuba, pero no la única. No conocí nada del resto, y las informaciones recibidas, tanto de fuentes oficiales como de la gente con que departí, parecen indicar que el gobierno ha realizado una labor importante en las zonas rurales para mejorar ciertos aspectos de la calidad de vida de sus habitantes. Haber conocido otros lugares podría matizar mis impresiones sobre la situación cubana, aunque creo que en ningún caso mi visión cambiaría. Lo que vi es suficiente.

II. PRIMERAS IMPRESIONES. LA MAQUINA DEL TIEMPO

Adolfo Alcalá tiene cuarenta y seis años, es cubano, comunista, y tiene a su cargo una de las direcciones de la JUCEPLAN (Junta Central de Planificación). Es ingeniero mecánico, y luego de culminar sus estudios en la Unión Soviética regresó a su país a cumplir labores de gobierno. Nos recibió en la losa del aeropuerto de La Habana; posteriormente, siempre estuvo atento a cualquier pregunta o requerimiento nuestro, y nos acompañó en todas las actividades oficiales. Su trato fue muy cordial, y respondió con mucho detalle a las consultas que nosotros —especialmente Jorge— le formulábamos sobre el gobierno cubano, el sistema de vida y su trabajo en la JUCEPLAN. Aunque en algún momento tuvimos la duda, estoy convencido que su constante presencia junto a nosotros no tenía otro objetivo que hacernos grata la estada en La Habana.

Luego de algunos minutos en el salón VIP del aeropuerto, en el que nos pidieron nuestros pasaportes y pasajes, viajamos en un minibús al hotel Habana Libre. El pasaje y el pasaporte nunca estuvieron con nosotros hasta el día antes de salir de Cuba. Aún no sé si atribuir esto a la increíble burocracia de los funcionarios cubanos, o al estricto control que ejercen sobre cualquiera que desea abandonar la isla.

En el viaje al hotel captamos las primeras impresiones visuales de la ciudad de La Habana. Una afortunada frase de un delegado extranjero a la convención resume bien esas impresiones: "Esto es como si nos hubieran introducido en la máquina del tiempo y estuviéramos viviendo treinta años atrás". En efecto, llama la atención

el aspecto de la ciudad: no hay construcciones nuevas, renovación urbana ni mantención de los edificios y casas, los que no han sido pintados desde hace muchos años.

Por sus anchas avenidas se ven muy pocos automóviles. Es extraño que en una ciudad de dos millones de habitantes sea preciso esperar que un semáforo dé luz roja para ver alguna acumulación de vehículos. Estos, por su parte, son modelos anticuados. O bien autos americanos anteriores a 1959, algunos notablemente conservados, o bien autos rusos marca LADA, equivalentes a un FIAT 125 del año 1970. La única excepción la constituyen los modernos Mercedes Benz negros de los altos funcionarios de gobierno o los automóviles de diplomáticos.

Otro aspecto que llama poderosamente la atención es la total ausencia de propaganda y de establecimientos comerciales en las calles principales. Después descubriríamos qué y cómo compran los cubanos.

La falta de locales comerciales da a la ciudad un aspecto triste, casi lúgubre, y una de sus consecuencias es que muy poca gente circula por las calles y veredas.

Esa inexistencia de propaganda comercial es ampliamente suplida por innumerables carteles con lemas que ensalzan al Partido, a Fidel Castro, a la Revolución. "Con el Partido junto a Fidel en marcha hacia el 2.000" es una frase que se repite en pancartas callejeras y que está impresa además en todas las cajas de fósforos del único tipo disponible para los cubanos. "El Partido es Inmortal" es otro de los lemas favoritos y refleja tanto la arrogancia de los gobernantes como el carácter cuasi religioso que le confieren al comunismo.

Las fábricas y establecimientos industriales agregan, a las anteriores, sentencias relacionadas con la producción y la productividad. No dejó de impresionarnos un afiche convocando a un congreso sobre "El rol de la mujer como reproductora de la fuerza de trabajo".

Me llamó mucho la atención también que en los sectores residenciales podía encontrarse en cada cuadra una casa adornada con los consabidos carteles. En dichas

casas, habitualmente con sus puertas y ventanas abiertas, se veían grupos de no menos de tres hombres sentados alrededor de una mesa. Después de unos días comprendería la importante y siniestra razón de su existencia.

El Habana Libre es un hotel imponente, de más de quinientas habitaciones, y su arquitectura y funcionalidad delatan su pasado de Hotel Habana Hilton antes de la revolución. Sus amplios salones semivacíos y escasos de mobiliario, con la única excepción de las espléndidas tiendas para turistas, y la mala calidad de su atención y mantenimiento, nos recuerdan su presente revolucionario. Los conceptos de eficiencia y de servicio, tan importantes en las modernas economías de mercado, allá no existen. Dos veces intenté, sin resultados, que la operadora me despertara en mi habitación a una hora determinada. Pude comprobar que no fue producto de mi especial mala suerte, sino que corresponde a lo que en promedio le sucedió al resto de los delegados, con la excepción de unos pocos afortunados. Varias veces debí abandonar mi pretensión de comunicarme desde mi habitación con la operadora, porque simplemente no contestaba. La pérdida en la recepción de la llave de mi habitación de nuevo me plantea el dilema ya señalado. No sé si atribuirle a la ineficiencia o al control del régimen.

Nuestra llegada al hotel desde el aeropuerto nos dio la oportunidad de ser testigos por primera vez de una de las tantas restricciones a la libertad personal que el régimen impone a los cubanos. Al tomar el ascensor para dirigirnos a las habitaciones, la ascensorista pidió su pase a uno de los pasajeros. El joven, pese a la explicación que intentó, no pudo subir al no poseer una tarjeta que lo habilitara para entrar al hotel. Las ascensoristas, mujeres de edad mediana y aspecto severo, cumplían con rigurosidad su papel de evitar la circulación de cubanos no autorizados que hubieran burlado la vigilancia de la puerta de entrada, confundidos entre un grupo de extranjeros.

Después de instalarnos en nuestras habitaciones, bajamos con Jorge a dar un paseo por las calles circundan-

tes al hotel. Confirmamos las impresiones de nuestro recorrido en bus con relación al aspecto de la ciudad. Al dar la vuelta a una plaza situada a un costado del hotel se nos acercaron dos jóvenes morenos y muy simpáticos. Nos ofrecieron cambiar dólares, a seis pesos cubanos por dólar, y nos preguntaron si podíamos comprarles unas zapatillas en la tienda del hotel, porque eran deportistas. A la pregunta de Jorge sobre si ellos no podían comprarlas o si el Estado no se las proporcionaba, uno de los jóvenes contestó: "Aquí no hay nada, chico, para los cubanos, nada". Nuestra conversación se interrumpió ante la presencia de dos policías que los chicos advirtieron prontamente. Se despidieron y prometieron pasar al día siguiente por el mismo lugar.

III. LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

En Cuba no hay libertad de prensa. No es que exista un control o restricciones sobre los medios de comunicación, sino que simplemente el Partido Comunista es el único habilitado para tenerlos.

La falta de libertad en esta materia no opera sólo en el sentido negativo —imposibilidad de comunicar una noticia u opinión que no guste al partido— sino además los medios se conciben como instrumentos de la revolución, y como tales dosifican para los cubanos la información que sirve a los propósitos del régimen.

Esta lógica comunista transforma "La Revolución" en un fin más que en un medio para alcanzar otros objetivos. De acuerdo con lo que señalan los mismos dirigentes "la revolución es permanente y es invencible", de manera que se constituye en un verdadero dios pagano al que deben subordinarse las necesidades, esperanzas y anhelos de los cubanos.

El único diario de circulación masiva es *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista, bautizado así en honor de la embarcación que sirvió a Fidel Castro para desembarcar en Cuba e iniciar la revolución.

Granma tiene habitualmente sólo cinco o seis páginas; ¡esa es toda la información diaria escrita a que tienen acceso los cubanos! De ellas aproximadamente tres se refieren a noticias internacionales y el resto a las actividades de Fidel y de las jerarquías del Partido, crónicas históricas sobre la revolución o notas de contenido ideológico, y algo de deportes, cultura y actividad científica.

Las noticias internacionales tienen un denominador común: tratan de mostrar una realidad exterior negativa.

Uno de los temas favoritos es la deuda externa. La recurrencia casi enfermiza de las informaciones sobre la deuda en todos los medios me llevó al convencimiento de que es una estrategia deliberada, destinada a justificar ante el pueblo cubano la difícilísima situación económica que se vive allá y que me tocó conocer con todo su dramatismo al convivir con los habitantes de La Habana.

Chile tiene también un lugar destacado en las páginas de *Granma*. No menos de cuatro referencias a nuestro país en cinco días es mucho, si se considera la cantidad de noticias que contiene el diario. De más está abundar sobre su tenor, lo que contrasta con la total ignorancia de *Granma* y la televisión acerca de la presencia de delegados chilenos en la Conferencia de Ministros. Ello, pese a que la reunión tuvo una gran difusión, entre otras cosas, por la asistencia de Fidel Castro a la ceremonia inaugural. Tampoco mostraron en la televisión cubana las entrevistas que una periodista de ese medio nos hizo a Jorge y a mí. Nuestras opiniones sobre Chile y la reunión de Ministros, tema de las entrevistas, no merecían ser conocidas por el público. Seguramente no servían a la Revolución.

Además de *Granma*, hay un periódico de circulación menos amplia, *Juventud Rebelde*, que es el órgano oficial de la UJC (Unión de Juventudes Comunistas). Esta doble dimensión Partido-Juventud forma parte de la estrategia de control ciudadano de los gobernantes y pudimos apreciarla después en los niveles laboral, estudiantil y vecinal.

Las radioemisoras cubanas, todas oficiales, tienen alguna especialización pese a la uniformidad de su mensaje. Así, una está dedicada a la música sin descuidar los mensajes revolucionarios, y otras, como *Radio Reloj*, constituyen un verdadero instrumento de penetración ideológica por reiteración. *Radio Reloj* da la hora minuto a minuto, y entre cada anuncio un locutor y una locutora se alternan en la paciente y sistemática tarea de

agredir auditivamente al auditor con "noticias" escogidas con gran cuidado.

La televisión cubana cuenta con dos canales. No logré captar la especialización de cada uno de ellos, pero ambos tienen una programación adecuadamente revolucionaria, que incluye desde noticiarios a espacios musicales y telenovelas. Siempre hay, en todos los horarios, alusiones más o menos directas a la conciencia revolucionaria, dependiendo de las características del programa. Los locutores del noticiario de uno de los canales emplean un estilo coloquial al comentar las informaciones.

Ocasionalmente transmiten también películas de origen norteamericano o europeo. Al verlas no reparé sin embargo en un detalle que me hicieron ver los jóvenes con quienes conversé: todas esas películas están ambientadas en fechas que datan de treinta años atrás, o bien, si son contemporáneas, sólo muestran paisajes rurales. Los cubanos no pueden ver escenas de la vida cotidiana que transcurre en las distintas ciudades occidentales. Si lo hicieran, tendrían una conciencia más plena de su propia desgracia, de la gran cantidad de cosas y situaciones de que han sido privados por rendir culto a la revolución.

Los turistas que se hospedan en los hoteles céntricos de La Habana tienen una tercera alternativa en televisión, a través de un sistema por cable. El Canal del Sol está destinado a mostrar a los visitantes extranjeros los escasos enclaves de atracciones turísticas y comerciales que existen en Cuba y de los que no puede disfrutar la generalidad de los cubanos.

En La Habana hay bastantes salas de cine, o al menos su presencia destaca ante la ausencia de locales comerciales. La cartelera se ajusta exactamente a los patrones de los canales de televisión.

Las librerías de La Habana muestran una aceptable variedad de literatura marxista y de obras de autores nacionales sobre diversos temas. No existen libros de origen

occidental. ¡ Incluso la literatura infantil proviene mayoritariamente de autores soviéticos !

Por último debemos mencionar que tampoco existen revistas de circulación masiva, sino sólo algunas especializadas de circulación parcial. Como consecuencia, La Habana es la única ciudad de las que conozco en que no hay quioscos de diarios. *Granma* es distribuido por "cannillitas" sólo que éstos son empleados públicos.

Como es fácil advertir a estas alturas, el círculo está bien cerrado. El control estatal sobre los medios de comunicación social es absoluto. Los cubanos sólo pueden captar las señales de adentro y fuera de su país que el Partido, luego de un cuidadoso análisis, decide que son útiles al objetivo de la revolución.

Antes de conocer lo que piensan muchos cubanos sobre el gobierno de su país, yo estaba convencido de que los medios de comunicación tenían un único rol: adoctrinarlos sobre las bondades del comunismo, del gobierno y de la situación nacional. Ahora debo reconocer que me equivoqué. El rol que cumplen es mucho más complejo y sutil. Además de instrumentos de adoctrinamiento, están programados científicamente para desinformar y también para abrumar, para ablandar y para disuadir cualquier manifestación de la conciencia que se aleje o se libere del discurso oficial. Muchos no creen en lo que dicen los medios de comunicación; sin embargo, son víctimas de la desinformación oficial, por la reiteración y por esa brutal prueba de que el Partido detenta la totalidad del poder.

Si se comprende este complejo fenómeno, uno puede aproximarse siquiera a imaginar la situación en que se encuentran los disidentes del régimen. La estrategia de comunicación social del gobierno puede convertirse en una verdadera tortura psicológica para ellos y constituye un elemento fundamental en la mantención del poder total en manos del Partido Comunista.

IV. FIDEL Y EL PARTIDO (I)

El comandante, compañero Fidel, o simplemente Fidel, es, sin lugar a dudas, un hombre carismático. Sus cargos oficiales son los de Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba.

Es objeto de gran admiración por parte de sus correligionarios más jóvenes, como nuestro amigo Adolfo Alcalá, que ven encarnado en él todo el aspecto romántico y heroico de la Revolución Cubana de 1959. Consciente de ello, Fidel cumple su papel con gran propiedad y, pese a que —por lo que pude percibir— es efectivamente el hombre fuerte del régimen, mantiene una posición algo distante de las labores de gobierno. En efecto, él es el padre de la Revolución, el conductor ideológico del Partido y, como tal, no se ve contaminado por los errores o los problemas cotidianos del ejercicio del mando. Esta fórmula parece bastante adecuada si se considera que va a cumplir pronto treinta años ininterrumpidos en el poder.

Durante el desarrollo de la Conferencia, Fidel estuvo con nosotros en dos ocasiones, en otras dos supimos de su presencia y su probable presentación, cosa que al final no concretó. Adolfo Alcalá explica éstas y otras excentricidades que él se permite, como motivadas por razones de seguridad: no tiene un programa de actividades determinado, ni siquiera domicilio conocido. Se rumorea que posee una *suite* en cada uno de los hoteles importantes de La Habana, donde llega ocasionalmente, provocando expectación entre la gente.

Creo que en otras etapas de su gobierno, la seguridad pudo ser la causa fundamental de estos movimientos in-

tempestivos de Fidel. Hoy día me parece que esas razones de seguridad se mezclan con la deliberada intención de crear una atmósfera de misterio a su alrededor, y de mostrarlo como el héroe romántico, y no como el responsable de las penurias que sufren los cubanos.

Esta interpretación del papel del líder es sólo personal. Nuevamente debo reconocer que mi corta estada en La Habana conspira contra la posibilidad de fundamentar mejor mi tesis, como hubiera sido mi deseo. Sin embargo, hay algunos elementos o anécdotas que me llevan a pensar que estoy en lo cierto.

Jorge Eugén fue quien me hizo ver que Fidel aparecía poco en televisión. Contrariamente a lo que sucede en *Granma* o en la radio, medios que se refieren a él con frecuencia, en la pantalla sólo le vimos un par de veces en cinco días y en forma fugaz. Hay que pensar que estos noticiarios dedican el ochenta por ciento de su tiempo a destacar las actividades del gobierno y el Partido. La presencia fría e impersonal en la radio o en la prensa escrita —en general sin fotos— no tiene las características de las apariciones en televisión. Sabemos que este último medio es capaz de introducir entre nosotros, en nuestras casas, a una persona en una dimensión casi real. Pareciera entonces que Fidel, o sus técnicos en comunicación, dosifican adecuadamente su presencia en los hogares de los cubanos para no “matar” la imagen del héroe revolucionario con la cercanía y el realismo de la televisión.

Una anécdota que confirma lo que expresamos se produjo en el Palacio de la Revolución. Carlos Rafael Rodríguez —personaje al que nos referiremos enseguida— comentaba ante un grupo de delegados extranjeros: “Fidel es el líder de la oposición en Cuba. Lo critica todo, nos reprocha los problemas, la ineficiencia, la burocracia”. Más allá del fino humor (humor negro para muchos cubanos) que encierra la frase de Carlos Rafael, me parece advertir otra vez la intención de separar a Fidel de todos los problemas cotidianos del país.

El efecto que provoca en la población esta supuesta manipulación de su imagen es, en algunos casos, el aparentemente deseado. Una de las jóvenes que conocí en La Habana, muy crítica del régimen, me dijo en un momento: "A veces he pensado en hablar con él y decirle todo esto que te cuento a ti. La pobreza en que vivimos, los abusos que debemos aceptar". Después de unos segundos, y sin que mediara intervención mía, ella me señaló: "¿y qué obtendría de ello? Seguro que lo sabe todo; tiene que saberlo todo y yo terminaría en la cárcel". Aunque ella comprendió que no era posible separar a Fidel de todo aquello, el asomo de duda que demostró es revelador. La conciencia de su situación, que prevaleció al final, me hizo pensar que a la anécdota de Carlos Rafael Rodríguez acerca de que el líder de la oposición es Fidel Castro, habría que agregar que es, también, el único habilitado para ejercerla.

Carlos Rafael Rodríguez es el ideólogo del gobierno cubano. Intelectual típico, asiduo a los foros internacionales, versado en economía y política internacional, no posee precisamente aspecto revolucionario. Tiene más de setenta años, pero se le ve saludable. Educado, de buenas maneras y elegante, no lo imagino combatiendo en la Sierra Maestra, e ignoro qué papel jugó en la época de la lucha revolucionaria.

Es uno de los vicepresidentes de los Consejos de Estado y de Ministros, y miembro del buró del Partido Comunista. Por un momento creí equivocadamente que era el segundo hombre del régimen. Al preguntárselo, Adolfo Alcalá me miró con seriedad y contestó: "No, el segundo es Raúl, Raúl Castro Ruz".

Pero aunque de nombre no sea el segundo, es probable que de hecho sí lo sea, y en cualquier caso juega un papel fundamental. Su personalidad y sus habilidades son un complemento extraordinario para las de Fidel Castro. Presumo que ha de ser un consejero muy cercano a él en materias de gobierno y en el manejo de la situación interna del Partido.

Como hombre inteligente, audaz e intuitivo, el líder cubano necesita a su lado al intelectual capaz de conceptualizar, aun después de ocurridos los hechos, el papel que éstos juegan dentro del esquema lógico del sistema. Esta conceptualización ex-post de los acontecimientos, que justifica cualquier cosa y la introduce en un esquema lógico previamente definido, es algo que he aprendido a reconocer en algunos pocos cerebros privilegiados que lo hacen con propiedad. Me parece advertir en Carlos Rafael Rodríguez esa capacidad, de valor incalculable para un hombre como Fidel Castro y para su régimen.

La VI Conferencia de Ministros de Planificación de América Latina y el Caribe fue inaugurada por Carlos Rafael Rodríguez, en representación del gobierno. Su discurso fue una maciza pieza de oratoria, de gran contenido y muy bien leído. En esa oportunidad demostró su facilidad para adaptarse a circunstancias diversas. Su intervención no fue una apología del socialismo, sino la apropiada para una circunstancia como ésta y para la audiencia presente. En más de una oportunidad citó a Fidel Castro. No pude dejar de pensar —y lo comenté con Jorge— que probablemente las palabras que ponía en boca del líder tuvieran origen en su propia inspiración.

No tuve la oportunidad de conversar personalmente con Carlos Rafael Rodríguez, ni de conocerlo mejor. En la recepción en el Palacio de la Revolución, cuando Adolfo Alcalá nos presentaba al Vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros, irrumpió Fidel para hacer un comentario. Castro es de aquellas personas que, por presencia, dominan cualquier escena. En esa ocasión, como en otras, su aparición opacó a todos y a todo lo demás y, luego que se disolvió el círculo congregado a su alrededor, no pudimos alternar de nuevo con Carlos Rafael Rodríguez.

El general Raúl Castro Ruz es el segundo Secretario del Comité Central del Partido Comunista y Primer Vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba. Además es el Ministro de Defensa. No tuve oportu-

nidad de conocerlo en persona, pese a que acompañó una de las actividades oficiales para los delegados. No sabíamos con antelación que él asistiría a ese evento y, probablemente, de haberlo sabido no habríamos abandonado ese *tour* oficial para hacer nuestro propio recorrido por La Habana.

No me arrepiento en absoluto de la decisión que tomamos. La posibilidad de recorrer la ciudad en compañía de los muchachos con quienes conversé y compartí durante un día entero fue providencial y me permitió conocer la realidad. El valor que hoy día adquieren esos momentos es inmensamente superior a la natural curiosidad e interés que despierta en cualquiera de nosotros la perspectiva de conocer a un personaje como Raúl Castro.

Por otra parte, fue en las conversaciones con uno de esos jóvenes donde encontré más antecedentes sobre el carácter y el papel del hermano menor de Fidel. De acuerdo con esa versión, Raúl es un hombre de vida no muy ordenada, por utilizar una expresión benevolente, y proclive a la violencia y a la guerra.

No me detendré en lo primero porque obviamente no tengo más antecedentes que una opinión que no puedo corroborar (sí pude confirmar muchas otras cosas que me contaron respecto a Cuba y en éstas me extiendo). Además no agregaría nada valioso. En cambio me permitiré comentar brevemente la segunda característica. Tampoco me consta que Raúl Castro sea violentista y proclive a la guerra, pero sí sé que hay un sector de los cubanos que cree que es así. Ese es el aspecto que precisamente me interesa destacar, ya que la versión que atribuye esta actitud a Raúl visualiza, en cambio, a su hermano Fidel como el freno que impide que se materialicen estas supuestas intenciones belicistas.

Hay que entender la importancia que tiene este tema para los jóvenes. Como parte de la más ignominiosa forma de pago de la deuda externa que se conozca, ellos pueden verse enfrentados a la posibilidad de viajar a hacer la guerra a Nicaragua, a Angola o a cualquier otro lugar

del mundo y servir así los intereses del comunismo internacional. Creo advertir aquí nuevamente, y es a lo que quería llegar, que Fidel Castro logra independizar su imagen personal de esa macabra realidad que sufre la juventud cubana, y que es responsabilidad de su gobierno.

V. FIDEL Y EL PARTIDO (2)

La primera vez que vi a Fidel fue en la inauguración de la Conferencia. No estaba programada su asistencia, y de hecho el discurso inaugural en representación del gobierno fue pronunciado, como ya se dijo, por Carlos Rafael Rodríguez.

Estaba vestido con un uniforme militar que corresponde a una versión evolucionada de su característico atuendo color verde oliva de los tiempos revolucionarios, más elegante, pero sin llegar a constituir un uniforme militar formal, como los que conocemos.

De estatura imponente, me pareció más viejo que la imagen que uno tiene de él, con el pelo y la barba entrecanos. Sin embargo, al consultar su edad, sesenta y tres años, comprendí que su aspecto era muy saludable y que todos los que no lo ven con frecuencia se quedan con la imagen del revolucionario de 1959, que sólo tenía treinta y cuatro años.

No habló durante la ceremonia inaugural, se limitó a escuchar y observar atentamente, y después de los discursos se retiró dejando a todo el mundo impresionado con su sola presencia.

Una de las actividades oficiales anexas a la Conferencia fue la visita al Centro de Biotecnología de La Habana. Después de un almuerzo en un restaurante turístico, que ofreció José López Moreno, Presidente de la JUCEPLAN, los jefes de delegación asistimos a una charla y visita a lo que constituye una de las máximas realizaciones de Fidel Castro.

El lugar es un oasis en la oscura ciudad de La Habana. Los edificios que forman el Centro están construidos

sin escatimar recursos, amplios, bien iluminados y amoblados.

El director del Centro, un doctor en medicina, de aproximadamente cuarenta años de edad, explicaba a los visitantes los orígenes de la institución, cuando un asistente se le acercó nervioso y le dijo en voz baja: "Más vale que vengas; está aquí el Comandante". Al mirar por el ventanal pude apreciar que los dos Mercedes Benz negros, último modelo, en que se moviliza Fidel, estaban estacionados, junto a otros autos y motos de la escolta, ante la puerta del recinto. Luego de conversar un par de minutos con él, el doctor volvió para explicarnos que el Comandante no nos podría acompañar como era su deseo, porque tenía otras actividades dentro de treinta minutos y nuestra visita duraría por lo menos dos horas.

El doctor continuó su explicación sobre la importancia de la biotecnología en la hora actual, y cómo Fidel —consciente de esta realidad— había impulsado este proyecto. Nos contó que los científicos que trabajaban allí eran escogidos entre los mejores del país; todos eran muy jóvenes y gozaban de una posición privilegiada que agradecían, por lo que dedicaban hasta catorce horas diarias a trabajar.

Al recorrer las instalaciones de uno de los edificios me llamó la atención lo bien provistos que estaban los laboratorios, con equipamiento básicamente japonés, que parecía recién desembalado. Tal era el grado de mantenimiento y aseo del Centro de Biotecnología.

La preparación ideológica de los compañeros científicos y técnicos no era descuidada, y el doctor nos presentó a la jefe política del Centro, una mujer de unos treinta años, de aspecto inocente.

Por lo que pude captar, más lo que he averiguado después, Cuba está realmente avanzada en el campo de la biotecnología a nivel latinoamericano. Contribuye a ello el interés personal que tiene Fidel en el tema y que le ha llevado a destinar una gran cantidad de recursos a este centro, creando un "microclima" dentro del país. Otro

aspecto que puede ayudar al avance científico en estas materias es la falta de restricciones impuestas por la ética cristiana. Como el mismo doctor nos explicó, ellos están experimentando la ingeniería genética en seres humanos, con el fin de introducir artificialmente ciertas características en las personas.

El día de la inauguración de la Conferencia, luego de la fugaz visita de Fidel, recibimos una breve nota en la que se nos comunicaba que el Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba nos invitaba al Palacio de la Revolución, ese mismo día a las ocho y media.

Nos aprontamos con Jorge para un acto tan especial, especulando sobre las características que tendría nuestro encuentro con Fidel. ¿Cómo nos recibiría, qué nos diría, qué diríamos nosotros? Eran algunas de las muchas preguntas que nos hacíamos en las horas previas a la recepción.

A las ocho en punto un bus nos recogió en el hotel Habana Libre junto a un grupo de delegados. Luego de ingresar a los jardines del Palacio de la Revolución con las medidas de seguridad de rigor, el bus nos dejó frente a la entrada principal de la sede de gobierno cubano.

El Palacio es de construcción relativamente reciente. Según nos informaron, fue edificado por Fulgencio Batista para los Tribunales de Justicia. Antes de terminarse, sobrevino el triunfo de la Revolución, y el nuevo gobierno construyó un sector anexo, donde se desarrolló la recepción. El interior está recubierto de mármol y ricamente decorado. Llamaban la atención las enormes y preciosas plantas, entre las que destacan los helechos. Con una iluminación especial, estas plantas se cambian cada cierto tiempo para que siempre se vean frescas. Nos contaron que el Palacio fue decorado por Celia Sánchez, amiga de Fidel, muy popular en los primeros años de la Revolución.

Luego de algunos minutos de antesala, formamos una fila para pasar al salón contiguo y saludar a nuestro anfitrión. Mientras me acercaba a Fidel, repasaba mental-

mente los términos en que me dirigiría a él. Había descartado el "Compañero", por razones que los chilenos entenderán, y no me parecía apropiado el "Comandante". Decidí que lo más práctico sería tratarlo de Presidente. El Jefe de Protocolo que lo antecedió, preguntaba a cada uno su nombre, país y cargo, de modo que, después de identificarme, Fidel me tendió la mano mientras decía: "¡Ah! ¡de Chile!, me alegro de que hayan venido. ¿Son dos los chilenos, verdad?". Ante ello Jorge Eugénin, que me seguía, se acercó también.

Concluidos los saludos, nos sirvieron unos aperitivos antes de pasar a comer. La comida fue una sorpresa para mí que, quizás ingenuamente, esperaba algo más sencillo. Su calidad, cantidad y presentación eran superiores a todo lo que había visto hasta la fecha. Se sucedían los medallones de langosta, camarones de gran tamaño, pescado, carne, acompañado todo de excelentes salsas, ensaladas y buen vino blanco búlgaro y tinto francés.

A la hora de los postres, entre la gran variedad sobresalió por lo espectacular una torta flambé que el mozo presentó con gran ceremonial. Considerando la edad de éste, que parecía haber superado largamente los setenta años, le comenté a Jorge que probablemente era el mismo que servía a Fulgencio Batista.

Como bajativo, preferí un cognac *Napoleón* al whisky *Chivas Regal* y otros licores de similar categoría.

Antes de empezar a comer tuvimos la oportunidad de conversar nuevamente con Fidel. Cuando Adolfo Alcalá nos estaba presentando a Carlos Rafael Rodríguez, Castro se dirigió a él y le dijo: "Mira, Carlos Rafael, ¿viste qué jóvenes son los chilenos? No cumplen todavía treinta y un años".

Carlos Rafael dijo algunas palabras positivas a propósito de la juventud y creo haber contestado algo respecto a nuestra edad, señalando que trabajábamos con mucho entusiasmo y optimismo. Después de eso Castro se permitió la única "talla" alusiva a nuestra calidad de chilenos, al preguntarnos: "Y, ¿cómo los han tratado?"

Porque aquí tratamos muy bien a los chilenos, mejor que en cualquier parte". En medio de las risas de los invitados que se habían acercado a escuchar esta peculiar conversación, sólo atiné a contestar: "Nos han tratado bien, gracias".

Concluida la comida, Fidel, aludiendo a la hora y al trabajo que debíamos desarrollar el día siguiente, dio por terminada la recepción y se despidió de cada uno de nosotros. Esta vez la despedida fue más formal y le agradecemos la invitación.

Nuestro primer comentario con Jorge mientras volvíamos al hotel fue que "en todas partes se cuecen habas", pensando en la calidad de la comida. Nos admiró también la personalidad arrolladora de Fidel Castro, y por último el detalle con que conocía nuestros antecedentes, porque efectivamente los dos estábamos por cumplir treinta y un años.

Pasada la impresión que produce la presencia de Fidel, y después de conocer con posterioridad la pobreza en que viven muchos cubanos, no puedo dejar de exponer algunas reflexiones sobre esa cena en el Palacio de la Revolución.

No soy socialista ni comunista, ni tampoco tengo complejos frente al buen vivir. Sin embargo, me causa molestia que los mismos que han conculcado las libertades de la manera más absoluta, en aras de la abolición de las clases, se traten de esa manera mientras la mayoría de sus compatriotas sufre los rigores de la pobreza.

También se hace patente que el socialismo es contrario a la naturaleza humana. La prueba de ello es que sus ideólogos y seguidores traicionan sus principios cuando se han apropiado del poder.

VI. EL SISTEMA ECONOMICO CUBANO

He estudiado —al igual que muchos otros— el socialismo como sistema económico. Conozco sus fundamentos y sus mecanismos básicos, sus virtudes y sus defectos. Pese a todo ello no dejó de sorprenderme el sistema cubano. Lo que más me impactó es lo que podríamos llamar su extensión o la ortodoxia con que funciona en Cuba. Prácticamente no hay concesiones al libre mercado, como encontramos en otras economías socialistas, en ciertas áreas. La excepción es la economía informal que se rige por consideraciones de mercado, pero está fuera de la ley. Esta rigidez se impone aun cuando esas concesiones pudieran ser compatibles con una economía centralmente planificada. Creo que esta ortodoxia obedece más a razones políticas que técnicas y lo fundamentaré más adelante.

La propiedad de los medios de producción en los sectores industria, comercio, transporte, minería y servicios es estatal. Todos los que trabajan en esos sectores son empleados públicos y esto da origen a situaciones que para nuestra mentalidad son difíciles de entender. Así, por ejemplo, sorprende al transitar por las calles de La Habana encontrar un letrero que dice "Empresa Nacional de Circos". Comentábamos que el "tony Caluga" o su versión cubana debía ser en consecuencia empleado público. Distintos oficios, como el de gáster o zapatero, también son realizados por empleados públicos. Jorge Eugén, a través de las constantes preguntas que hacía a Adolfo Alcalá, fue recogiendo toda esta información, que nos servía para darnos cuenta de cómo funcionaba el sistema.

Los conductores de camiones son también empleados públicos, al igual que los choferes de taxi. Estos últimos, con los que pudimos conversar al respecto, sólo reciben un sueldo del Estado, que se encarga del mantenimiento, combustible, etc. Aquí pudimos detectar cómo funciona en un caso práctico la economía informal. En más de una ocasión, acompañados por pasajeros cubanos, hicimos un trato directo con el chofer prescindiendo de la tarifa. Presumo que, como habitualmente sucede en las transacciones comerciales libres, ambos fuimos beneficiados. Nosotros, porque nos costó más barato que otras carreras que hicimos con la tarifa oficial. El taxista, porque el taxímetro se mantuvo en un valor sospechosamente bajo, incluso inferior al precio que pagamos. De más está decir que el Estado, tercer protagonista en este negocio, salió perdiendo. Su extenso sistema de control no fue suficiente para enfrentar a contrincantes, mucho más ágiles y livianos, que no tuvieron compasión con alguien tan atareado y para quien una carrera de taxi es insignificante comparada con otras labores habituales.

En la isla no existen, por lo tanto, los pequeños propietarios, tan característicos de nuestros países. Esta verdadera clase empresarial, que se compone de la gente más pujante y esforzada de los diferentes estratos es —en los países de economía libre— un continuo factor de progreso, y hoy día se reconoce universalmente su aporte a la generación de empleos e incluso a la innovación tecnológica. Cuba ha renunciado a todo ello.

Recién hace dos años que los ciudadanos de La Habana pueden ser propietarios de la vivienda que habitan, mediante un sistema parecido al de nuestros créditos hipotecarios, a través del cual el Estado ha estado transfiriendo la propiedad de las viviendas. El sistema ha obtenido resultados parciales porque, según supe, algunos cubanos de muy bajos ingresos no están muy de acuerdo con el monto del dividendo. Sin embargo, si no lo pagan deben cancelar al fisco un valor similar por el arriendo, con lo cual a la larga el sistema debería funcionar.

Esta incipiente aparición de la propiedad privada tiene sin embargo sus limitaciones. El propietario de una casa requiere de autorización del Estado para venderla. Lo anterior no es tan extraño si reparamos en que es también el Estado el único empleador posible, por lo que un aumento de renta, o un cambio en el lugar de trabajo —posibles causales del deseo de vender una casa o departamento— dependen asimismo de éste.

Creo que el pésimo estado de conservación y mantenimiento de las viviendas, y la escasa construcción, que no pueden pasar inadvertidos, se explican básicamente por la anterior inexistencia y actual limitación del derecho de propiedad.

Los cubanos también tienen alguna posibilidad de ser propietarios de un vehículo. La cantidad de éstos es, como ya lo comentamos, sorprendentemente baja según se puede apreciar a simple vista. Un poco menos de la mitad de los autos son particulares, calidad que se advierte porque así lo indica la patente. Los modelos nuevos (posteriores a 1980) son escasísimos. No vi más de diez de ellos en La Habana, lo cual me da la idea de que desde hace mucho tiempo no se importan ni distribuyen automóviles nuevos.

La entrega se realiza (¿o se realizaba?) a través del sistema de estanco automotriz que conocimos en Chile. Según me contó un taxista, los escasos autos que llegan se reservan para profesionales o, en general, personas de buena posición. El resto de la gente puede —si sus ingresos lo permiten— obtener un vehículo de segunda mano.

El comercio es también de propiedad estatal. No existe el pequeño comerciante, con el almacén de la esquina, que estamos acostumbrados a ver, lo que inmediatamente marca una diferencia entre el aspecto de La Habana y el de otras ciudades latinoamericanas.

Las pocas tiendas que hay están en general concentradas en sectores comerciales, donde los cubanos pueden hacer sus compras. Pudimos conocer varias sobre

las cuales me extenderé en capítulos posteriores. Por ahora, a fin de dar una visión general del comercio, puedo mencionar que los artículos que se expenden en los diferentes locales se dividen en dos tipos: primero, los que se pueden comprar si se tiene dinero para hacerlo; segundo, aquellos para los cuales no basta tener dinero si no que, además, están sujetos a un sistema de racionamiento. Los zapatos (un par al año), la carne, los pollos, son algunos de los artículos que están comprendidos en el segundo grupo.

La industria manufacturera y la agroindustria de tamaño mediano y grande son, por supuesto, de propiedad estatal. Tuvimos dos contactos con la industria, que ilustran bien sobre diferentes aspectos que es interesante señalar. El primero es casi anecdótico: a través de la televisión vimos un reportaje al administrador de una fábrica de envases de vidrio. Ante el requerimiento de una periodista especializada en el sector económico (lo supongo porque fue la misma que nos hizo las entrevistas que nunca salieron al aire), el administrador planteó su problema. El había cumplido con las metas asignadas y aumentado la productividad de la empresa, de acuerdo con lo que pedía el gobierno. Sin embargo, los consumidores no habían respondido y su stock de envases no vendidos aumentaba día a día, lo que representaba un auténtico problema, debido a las características del producto. En efecto, ya se estaba produciendo el deterioro del stock por falta de capacidad de almacenaje. Terminaba su alocución con un llamado a los consumidores para que compraran más y le ayudaran a solucionar el problema, que no era de su responsabilidad, porque él había cumplido con los objetivos que le habían fijado.

La televisión cubana nos permitió asistir a una magistral clase práctica sobre los problemas de una economía centralmente planificada, que trata de reemplazar el mercado, y, en este caso, los precios, en el papel de asignar en forma eficiente los recursos productivos. Ignoro si el funcionario —probablemente de JUCEPLAN— que

fijó la cuota de producción conversó con quien estableció el precio, o si éste se equivocó en la titánica tarea de adivinar el comportamiento de los consumidores. El caso es que falló la planificación, y el administrador, de una manera casi cándida, pedía ayuda a los consumidores para solucionar el problema.

Nuestro segundo contacto con la industria se produjo en una visita oficial en que JUCEPLAN nos invitó a conocer una planta elaboradora de cigarros (puros), situada en el sector de La Habana Vieja. Esta empresa es la principal de Cuba en su rubro y ahí se elaboran cigarros de distintas marcas, tan prestigiadas como Partagás, Montecristo, y otras. La mezcla de tabacos determina la calidad y, por lo tanto, la marca del cigarro.

Creo, sin pecar de exceso de suspicacia, que el gobierno cubano intentaba mostrar a los delegados extranjeros una industria que les dejara una buena imagen sobre las condiciones de trabajo y la participación de los trabajadores. En mi caso, debo confesar que no lo logró. En primer lugar, las condiciones de trabajo quizás eran buenas para los estándares que existían en 1959 (punto de referencia habitual de los cubanos). Sin embargo, en pleno 1987 esas condiciones son muy inferiores a las que prevalecen en otros países, al menos en Chile. En un viejo edificio, cuya construcción parece ser de principios de siglo, trabajan más de quinientas personas en distintas etapas del proceso productivo. El local carece casi por completo de luz natural y la iluminación artificial es pobre. Las condiciones higiénicas dejan mucho que desear y no existe la seguridad adecuada para el caso de incendios. La sección que ocupa más trabajadores —en su mayoría mujeres— es aquella en que, manualmente, se mezclan varias hojas distintas de tabaco, hasta conformar un cigarro que se introduce en unos moldes de madera con la forma de un puro, para que adquiriera su estructura definitiva. Los operarios están sentados en unos bancos de madera con un tablón o mesa en largas filas compuestas por cerca de veinte personas. Da la impresión de estar

en una sala de clases. Esta sensación se acentúa por la presencia de una compañera que, sentada frente a los demás en un nivel más elevado, lee constantemente en voz alta, ayudada por un megáfono, noticias a sus compañeros. El administrador, en respuesta a una consulta, destacó que la locutora contribuía en forma importante a la productividad, porque mantenía informados a los trabajadores y evitaba, así, que perdieran su tiempo leyendo el diario o conversando.

El lector podrá imaginar el tenor de las noticias que emanaban del potente e implacable megáfono de la "compañera" locutora. Entre varias menciones a Fidel y la Revolución me pareció escuchar en dos oportunidades el nombre de Chile. A esas alturas Jorge le preguntó al administrador si no era mejor para la productividad transmitir música, sistema que se usa en países menos revolucionarios con ese propósito. La respuesta fue que una vez a la semana se transmitía música y que todas las tardes (estábamos en la mañana) se leían obras literarias seleccionadas. No quisimos importunar al administrador con nuevas sugerencias, pero pienso que para medir la productividad debieran llevarse estadísticas comparativas de los días en que se transmite música y los días en que se leen noticias. En todo caso, y puede ser una impresión mía, me pareció que los trabajadores no le prestaban mucha atención a la "compañera", pese a su elocuencia, que la hacía merecedora al menos a una prueba como locutora de *Radio Reloj*.

Jorge Eugén es ingeniero industrial, y pronto descubrió algo que a su juicio no era eficiente en el proceso de producción. Se relacionaba con la secuencia en que los cigarrillos eran introducidos en las cajas, para posteriormente sacarlos de allí y ponerles el tradicional anillo con la marca, después de lo cual se volvían a colocar adentro de las cajas. Al hacerlo presente al administrador, éste dio una muy poco convincente explicación.

Terminado el recorrido por las instalaciones, se nos invitó a una sala en la que nos ofrecieron un refresco,

mientras el administrador y un representante de la juventud se mostraron dispuestos a responder nuestras preguntas.

Se nos explicó con lujo de detalles el esquema de participación de los trabajadores en las decisiones que les afectan, tales como nivel de calificación y remuneración, promoción, despido, etc. En todas estas decisiones toman parte la administración, el sindicato, el Partido Comunista y la Unión de Juventudes Comunistas.

El esquema tiene dos caras: por un lado, existen participación de los trabajadores y decisiones compartidas, lo que podría considerarse positivo. Por el otro, sin embargo, se hace presente otra vez el control ideológico sobre los individuos. Si las remuneraciones y ascensos dependen de cuatro estamentos, cuyos dirigentes son designados y controlados por las cúpulas del Partido Comunista, cualquier disidencia ideológica queda virtualmente eliminada.

Jorge Eugénin preguntó al representante de la juventud qué papel cumplía él en la empresa. El joven, muy elocuente y bien preparado, respondió que desarrollaba una labor de bienestar entre los jóvenes de la industria. Ante la consulta respecto a si esa acción no correspondía más bien al sindicato, respondió que sí, que ellos sólo apoyaban esa labor y que su misión fundamental era la preparación ideológica de la juventud.

Abandonamos la empresa de cigarros con el convencimiento de que una conversación franca y libre con trabajadores podría aportarnos elementos de juicio muy valiosos. Afortunadamente, poco después tuvimos esa oportunidad.

Ya me he referido al mal funcionamiento de los servicios en Cuba. Este sector es uno de los más proclives a ser invadidos por la ineficiencia de la burocracia.

No puedo pretender en estas páginas hacer un análisis profundo de los resultados de la sustitución del sistema capitalista por un sistema socialista. Tendría que llenarlas de cifras, y éstas, inevitablemente, resultarían

parciales porque no tengo un conocimiento acabado de la economía cubana.

Sin embargo, no puedo dejar de referirme a la idea que me formé sobre el problema, en base a una apreciación de la calidad de vida de los habitantes de La Habana —cuyos detalles ya conocerán— y de la observación aislada de ciertos fenómenos. Agregó a estos elementos algunos conocimientos sobre la historia económica del país.

Cuba era, en 1958, bajo el gobierno de Batista, el tercer país de más alto ingreso *per cápita* de Latinoamérica, sólo superado por Argentina y Venezuela. La situación que reflejan los indicadores sociales era mejor que eso. Cuba tenía la tasa de mortalidad infantil más baja de Latinoamérica, en 1958. Por supuesto, existían muchas fallas, y una de las principales era el desbalance entre las ciudades importantes y el sector rural. Este último tenía grandes problemas de analfabetismo y, en general, de falta de acceso a la educación. Por otra parte, la electrificación y acceso a sistemas de alcantarillado eran bajos en el sector rural, pese a que eran muy buenos si se toma como referencia a Latinoamérica.

Es muy difícil, por no decir imposible, abordar aquí la cuestión de por qué la Revolución tuvo éxito en derribar a Batista. Es evidente en todo caso que, en los momentos decisivos, tuvo el apoyo mayoritario de los cubanos, lo que revela un gran descontento.

Una de las razones fundamentales de ese descontento parece haber sido la corrupción del régimen de Batista. Contrariamente a lo que algunos creen, la economía cubana no era entonces una típica economía capitalista. El azúcar representaba alrededor de un treinta por ciento de la economía del país, y daba origen al ochenta por ciento de sus exportaciones. Estas proporciones se mantienen en niveles parecidos hoy día. La comercialización del azúcar estaba en manos del Estado, y era la gran fuente de corrupción administrativa, a todo nivel. El propio Batista y sus colaboradores más cercanos tenían intere-

ses en el comercio del azúcar. La corrupción se extendía a diversas áreas de actividad, como turismo, juego, prostitución y otras instituciones del Estado, incluyendo la Policía y el Ejército. Los poderosos sindicatos cubanos participaban en este juego y los dirigentes de los partidos políticos tampoco se escapaban a esta descomposición general.

La mayoría de los cubanos de niveles bajo y medio eran espectadores en esta escena, y si bien su situación no era mala, comparada con otros latinoamericanos, no tenían una perspectiva cercana de mejoramiento en su calidad de vida.

Después del triunfo, Fidel Castro tomó la decisión de hacer un gobierno socialista y acercarse al Partido Comunista. Este paso es sin duda el que más ha afectado la vida diaria de los cubanos que optaron por quedarse en la isla, de los que no pudieron abandonarla a tiempo, y de los que nacieron después de 1960.

En el campo económico, Castro estatizó gradualmente toda actividad productiva, con la sola excepción de las pequeñas propiedades agrícolas.

El gran desafío de la Revolución en 1960 era elevar el nivel de vida de la inmensa mayoría de los cubanos, y para hacerlo contaba con desventajas y ventajas. Por una parte al adoptar el comunismo, rompía con Estados Unidos, su tradicional socio comercial que compraba más de la mitad de su azúcar, y le vendía la mayor parte de las importaciones. Asimismo, ha contado con una importante ayuda económica de la Unión Soviética y el mundo socialista. Entre 1961 y 1962, Cuba recibió 570 millones de dólares, es decir cuarenta dólares *per cápita*; en comparación, la ayuda norteamericana al resto de Latinoamérica era de dos dólares *per cápita*. En 1978, de acuerdo con la revista *Businessweek*, el monto de ella era de 3.200 millones de dólares anuales.

El gobierno revolucionario se planteó desde un comienzo la meta de independizar la economía del azúcar.

Con la conducción del célebre Ernesto "Che" Guevara, en 1961 se llevó a efecto un ambicioso plan, que se inició con la llegada masiva de maquinaria e instalaciones industriales de Unión Soviética y Checoslovaquia.

Los resultados que se pueden mostrar hoy día son bastante pobres. Ya en mayo de 1962 el Che Guevara se refería en términos críticos al desempeño de la economía cuando afirmaba:

"Los logros de la Revolución se limitan a la creación de unas cuantas pequeñas fábricas de productos de consumo.

"¿Por qué bajo la Revolución los zapatos pierden el talón después de un día de usarlos y por qué la Coca Cola de la Revolución tiene tan mal gusto?

"¿Ocurren estas cosas en el sistema capitalista? No; entonces, ¿por qué han de ocurrir en el socialista?

"¿Por la naturaleza misma de socialismo? No, esto es una mentira. Ocurren por culpa de nuestros propios defectos, nuestra falta de vigilancia revolucionaria, la insuficiencia de nuestro trabajo."

El Che Guevara, con su franqueza habitual, puso el dedo en la llaga. Sólo que creo se equivocaba en su conclusión. Hoy día, veinticinco años después de estas palabras, basta visitar La Habana durante unos días para darse cuenta de que la Coca Cola cubana aún tiene mal gusto (me consta) y que probablemente los tacos de los zapatos siguen durando tan poco (no me consta).

Pero más allá de estos ejemplos puntuales, el socialismo cubano ha fracasado en su intento de mejorar la calidad de vida; y ello, justamente por la naturaleza misma del socialismo, y no por falta de "vigilancia revolucionaria", sino pese al exceso de ésta.

VII. EL APARTHEID

Sudáfrica es hoy día un paria en la comunidad internacional. Diversos países y empresas boicotean su economía. Artistas que van a Sudáfrica tienen problemas después para actuar en otros países, y lo mismo sucede con destacados deportistas. La razón la conocemos: el *apartheid*. El gobierno sudafricano es atacado a diario en la prensa internacional por su obstinación en mantener una segregación que establece ciudadanos de primera y segunda categoría, con distintos deberes y derechos.

Si bien es cierto que la nación cubana ha sufrido y sufre todavía un bloqueo de los Estados Unidos, nunca se ha mencionado el *apartheid* que existe en ese país como una razón importante. Por lo demás Cuba mantiene un status ante los organismos y la prensa internacionales muy superior al de Sudáfrica, pese a que hay infinidad de razones adicionales para que no fuera así.

El hecho es que el gobierno de Fidel mantiene un sistema de *apartheid* que paradójicamente discrimina en contra de los propios ciudadanos cubanos (la gran mayoría de ellos) respecto de los extranjeros.

Es conocida la importancia que tenía el turismo antes de la Revolución. La Habana y sus alrededores presentan un potencial turístico realmente espectacular. Las playas en el mar Caribe, de finas y blancas arenas, están rodeadas de vegetación en la cual sobresalen las palmeras. El agua que llega a sus costas es cálida, y no presenta peligros para los bañistas. El sector de La Habana Vieja, por su parte, es realmente maravilloso y sus imponentes edificaciones coloniales reflejan la riqueza que algún día existió y que llevó a Cuba a ser la más próspe-

ra de las colonias españolas y a su capital a ser el puerto obligado de los buques que navegaban por el Atlántico, desde y hacia el sur de nuestro continente.

En fecha reciente la UNESCO declaró a La Habana vieja, patrimonio de la humanidad y está realizando en ella un programa de conservación y rehabilitación con fondos internacionales. El programa empieza a dar sus frutos, y en algunos sectores los hermosos y antiguos edificios han vuelto a emerger orgullosos, venciendo la suciedad maloliente y la mediocridad en que estaban sumidos. En cambio, otros sectores que todavía no han sido tocados por la varita de la UNESCO, son una mezcla curiosa de bella arquitectura colonial con basura, líquidos malolientes que recorren sus calles, y otras huellas evidentes de la miseria de sus sufridos habitantes. Esta parte de la ciudad vieja se confunde después con el barrio Centro-Habana, que sin los antiguos edificios presenta problemas parecidos de suciedad y deterioro. Allí viven la mayoría de los habitantes de la capital.

Una vez restaurada, La Habana vieja será un lugar de atractivo casi único en el mundo. Sin embargo, tal como sucede hoy día, los turistas no irán a un país donde se carece de las mínimas comodidades, se racionan la comida y la bebida y no existen las atracciones que siempre se buscan en un viaje de placer al extranjero. El crónico problema de balanza de pagos de la Cuba socialista exige a sus gobernantes no desechar totalmente esa fantástica fuente de divisas que puede ser el turismo. De hecho, en los últimos tres años ha habido un incremento importante en el número de visitantes extranjeros. A los tradicionales soviéticos, checoslovacos, rumanos y alemanes del Este se han sumado contingentes de turistas italianos, españoles, alemanes federales y mexicanos.

El estado de aislamiento cultural en que viven los cubanos se ve amenazado por este influjo de habitantes de otras latitudes. La respuesta del gobierno socialista ha sido el *apartheid*. Es así como existe una moneda para cubanos y otra para turistas. Estos no pueden gastar los

pesos cubanos, y aquéllos no pueden gastar dólares americanos. Hay taxis para turistas y taxis para cubanos, hoteles para turistas y hoteles para cubanos, tiendas para turistas y tiendas para cubanos, restaurantes para turistas y restaurantes para cubanos, playas para turistas y playas para cubanos, televisión para turistas y televisión para cubanos.

Cada una de estas restricciones, que pude comprobar personalmente, tiene su razón de ser y el sistema está bien pensado. Ya mencioné mi encuentro con dos muchachos el día de mi llegada, y las dos operaciones comerciales frustradas que me propusieron. Una de ellas consistía en comprarme dólares a seis pesos cada uno. Cuando llegué al hotel y pregunté por el cambio, me daban un poco menos de un peso por cada dólar al precio oficial. Me lamenté de mi mala suerte y al día siguiente busqué a los muchachos en la plaza, sin éxito. Sin embargo, con el correr de los días me di cuenta de que de poco me habrían servido los pesos que me ofrecía el simpático joven. No tenía nada que comprar con ese dinero, fuera de cigarros o pagar un taxi para cubanos. El resto de los artículos que vi en tiendas para cubanos eran tan exiguos y de tal calidad que en verdad no habría podido comprar nada, aunque no estuviera sujeto a racionamiento.

Más adelante comprobé que existía un mercado negro del dólar en los barrios pobres de la ciudad. Tenía claro el origen de la demanda —cubanos que podían conseguir a su vez con un turista que les comprara algo en tiendas para extranjeros— pero no sabía de dónde provenía la oferta de dólares, porque para el turista no tenía ningún atractivo venderlos a cambio de pesos cubanos. Mis amigos me explicarían después que la oferta provenía de turistas desprevenidos que no conocían el sistema, turistas compasivos, y de funcionarios que, por alguna razón, tenían acceso a los dólares y los cambiaban por pesos para comprar los artículos de consumo básico en las tiendas para cubanos. Estos funcionarios, bien colocados en el gobierno o en el Partido, obtenían pingües

ganancias que invalidan la supuesta homogeneidad de salarios que existe en el país.

Las tiendas para turistas que había tanto en el hotel Habana Libre como en otros hoteles y en el Palacio de las Convenciones, se veían realmente bien surtidas. En materia de ropa y calzado las principales marcas europeas y americanas estaban presentes. Podían adquirirse finas prendas de Christian Dior, Cartier, etc. Había también artículos electrodomésticos, perfumes, tabacos y licores, y los precios eran muy convenientes para el turista. Una botella de whisky Chivas Regal valía doce dólares y otras prestigiadas marcas etiqueta negra, ocho dólares. Quería dejar el último día para hacer algunas compras antes de viajar de vuelta a Chile. Después de conocer las tiendas para cubanos, no fui capaz de hacerlo.

Los amplios ventanales de las tiendas INTUR del hotel Habana Libre que daban a las calles circundantes estaban cubiertos por gruesas cortinas las veinticuatro horas del día. El acceso era sólo posible desde el interior del hotel. Los cubanos no podían comprar, ni siquiera ver, los variados artículos que estaban disponibles sólo para los extranjeros y algunos funcionarios privilegiados. Vi a varios de ellos en las tiendas, y de hecho tenían acceso a cualquier lugar para turistas.

El *apartheid* para el caso de los taxis tiene otra explicación. Si bien es cierto que los autos de INTUR, que sirven de taxi para los turistas son más modernos, la diferencia con los fieles LADA destinados a los cubanos no es tan apreciable. La verdadera razón es que los conductores de los taxis INTUR son cuidadosamente seleccionados, no por sus habilidades para conducir sino por sus cualidades revolucionarias y su fidelidad al Partido. Uno de ellos me contó una historia dramática sobre su vida en la época de Batista y su mejoría con la Revolución. Su buena disposición cambió cuando le pedí, después, junto a unos jóvenes cubanos, que me llevara a una dirección determinada en el populoso barrio de Centro-Habana. Me advirtió sobre los peligros de ir allí —pese a

la propaganda oficial sobre la inexistencia de delincuentes— y me ofreció varios panoramas alternativos. Contrastando con su colega, los taxistas conductores de LADA con que viajé escuchaban primero con sorpresa nuestras conversaciones contrarrevolucionarias, para luego incorporarse con entusiasmo. Nuestros amigos cubanos nos contarían después que es conocida la militancia de los taxistas de INTUR.

Ya me he referido a la existencia de un canal de televisión por cable para los turistas. Allí, tal como en el más pintado de los países capitalistas, hay propaganda comercial de los artículos que se expenden en las tiendas INTUR. Se anuncian también variados tours a paradisíacos lugares en la costa. Los canales nacionales, por supuesto, no tienen propaganda comercial —de la otra sí— y jamás muestran una escena, un lugar, un producto que pueda exacerbar las inevitables tentaciones materialistas de los desdichados cubanos. Esa es una de las razones por las cuales las revistas extranjeras son tan cotizadas en la isla. Me preguntaban con insistencia si no tenía una revista que pudiera dejarles. Al principio, inocentemente yo les preguntaba qué tipo de revistas, qué tema les interesaban. “¡Cualquiera!”, me contestaban, “cualquiera en que haya propaganda comercial, de modas, automóviles. Cualquiera en que muestren una ciudad moderna”.

Un día, después de las reuniones de la conferencia decidimos con Jorge asistir a uno de los eventos recomendados por Cubatur, la agencia oficial. Junto a Nuvia, delegada de Panamá y una de las personas en la conferencia con quien más alternamos, reservamos una mesa para comer en el restaurante *La Bodeguita del Medio*, situado en pleno barrio de La Habana vieja. El lugar tiene su encanto. Es un local pequeño, con mesas de madera y atiborrado de gente —en su mayoría extranjeros— que comen comida típica cubana mientras conversan y escuchan música latinoamericana. Esperando una mesa pasamos al bar donde pedimos un “Mojito”. Este es uno de

los tragos típicos y consiste en un vaso con hielo, ron, azúcar, yerba buena (parecida a la menta) y agua mineral. En el bar empezamos a apreciar las particularidades de la "bodeguita". Todas las paredes y mesas estaban rayadas con diversas leyendas. La mayoría de ellas eran las características declaraciones de amor y recuerdos de una estada en La Habana, pero no pocas eran proclamas revolucionarias. En el bar se concentraban las firmas de personajes célebres, acompañados de algunas fotos. En un lugar destacado había un marco con el facsímil de la firma de Salvador Allende saludando la Revolución. Los recuerdos de los revolucionarios se mezclaban con fotos y firmas de personajes como Ernest Hemingway y viejas glorias del cine y el espectáculo, como Errol Flynn, y muchos otros que eran asiduos antes de 1959. En un rincón advertimos con cierto estremecimiento una calcomanía roja del Frente Manuel Rodríguez, grupo terrorista chileno que pocos meses antes había intentado asesinar al Presidente de la República, General Pinochet; falló en su intento, pero mató a cinco de los hombres de su escolta.

Pasamos a ocupar nuestra mesa, la número 36, y pedimos nuestra cena y unas cervezas. Comí una abundante porción de "Moros y Cristianos", plato consistente en arroz con porotos negros, recomendado como la comida típica del país. Después de la segunda cerveza decidimos con Jorge inmortalizar nuestra presencia en La Habana. Entre un "Viva Fidel" y un "La Revolución es invencible" estampé en la mesa con letras grandes la siguiente leyenda: "Aquí estuvo Lucho Larraín, momio chileno, 26 de marzo de 1987", seguido de unos destacados "Viva Chile" y "Viva Pinochet". Jorge escribió algo similar donde no faltó un "Viva Pinochet". Nuvia, que me había prestado el lápiz, convirtiéndose en cómplice de ese acto a todas luces contrarrevolucionario, observaba sonriendo entre divertida y nerviosa. Esta anécdota tuvo después importancia en nuestras conversaciones con cubanos, porque nos abrió muchas puertas.

Abandonamos *La Bodeguita del Medio* con la misma sensación que, cuando niños, o no tan niños, en el colegio o la Universidad, sentíamos después de haber cometido una fechoría o una broma. Nos acercamos a una niña que conversaba con alguien a la entrada, para preguntarle dónde podíamos conseguir un taxi.

Trinidad era hija y nieta de españoles y árabes. Morena, de grandes ojos negros y muy comunicativa. Después de conseguirnos un taxi nos pidió aceptar su compañía, con el objeto de poder ingresar al hotel Habana Libre. Cuando le consultamos para qué quería ir allá, contestó con voz sonora: "Soy cubana, chico, y quiero entrar allá a tomarme unos tragos al bar. Si no paso con ustedes, no puedo. Así parecemos dos parejas y me dejan entrar". Luego de consultar nuestras nacionalidades y adónde más habíamos viajado (pregunta esta última infaltable en cualquier conversación con jóvenes), nos dijo que ella quería viajar, ojalá a Europa, pero no podía hacerlo. No estaba contenta en Cuba, la vida era triste, dura y ella quería emigrar.

VIII. JUVENTUD CUBANA. DESCORRIENDO EL VELO

Debo hacer un alto aquí para resumir algunas de mis impresiones. Si bien es cierto que lo que he escrito hasta ahora refleja la totalidad de mis vivencias en Cuba, no he narrado los acontecimientos que más me impactaron y me hicieron cambiar la imagen que me había formado los primeros días de mi estada en La Habana.

Jamás me gustó el sistema cubano. Repudio su desprecio por el individuo, y pude advertir las restricciones a las libertades individuales, el bloqueo informativo y cultural y la intensa propaganda. Observaba la mediocridad del nivel de vida. En fin, me parecía estar ante una versión empobrecida del *Mundo Feliz* de Aldous Huxley, con algunos elementos de *1984* de Orwell. No tenía sin embargo evidencia sobre las reales características de la calidad de vida en la isla, no sabía si satisfacían las necesidades mínimas de sus habitantes —me parecía que sí— y, lo más importante, no tenía testimonios directos y libres de lo que los cubanos pensaban. Con un par de excepciones muy puntuales.

Comentaba con Jorge que, pese a que el sistema no me gustaba en absoluto y no se lo deseaba a ningún país del mundo, la gente parecía resignada y el proceso era, a esas alturas, irreversible. No había ningún signo de disidencia, ningún rayado en las murallas que evidenciara descontento.

En cierto modo esta sensación me apesadumbraba. Después de nuestra visita a la fábrica de cigarros, decidimos que ya teníamos bastante de propaganda oficial y no asistiríamos a la próxima actividad programada para

nosotros. Preferíamos descansar y recorrer un poco por nuestra cuenta.

No llevaba cinco minutos tendido en la playa —Jorge había ido a probar el agua— cuando se me acercó una muchacha que estaba en un grupo, al lado mío, para pedirme un cigarrillo. Era el impensado comienzo de las revelaciones más increíbles sobre la vida en La Habana que, entre otras cosas, me motivaron a escribir estas páginas.

Estela era cubana, bastante bonita, y con una personalidad sorprendente para sus diecisiete años. Comenzó el ritual de preguntar por mi nacionalidad, tratando de adivinar:

—Español, ¿verdad?

—No; ¿pero, cómo sabes que soy extranjero? —repliqué.

—Porque en esta playa casi todos lo son; además. . . tu ropa. Nosotros nos damos cuenta de inmediato. Pero, si no eres español ¿de dónde eres?

—Soy chileno —respondí— y tú, ¿eres cubana?

—Sí, cubana.

Me pareció advertir una expresión especial en su rostro al saber que era chileno. Se produjo un silencio de su parte, que auguraba el fin de la conversación, cuando llegó Jorge, que se presentó, y enseguida formuló una de sus preguntas directas:

—¿Y cómo lo pasan ustedes aquí, en Cuba?

—A mí me gusta hablar siempre bien de mi país. La gente aquí es muy buena.

Su respuesta nos pareció reveladora. Si bien era cauta, quizás al escuchar que éramos chilenos, había una evidente evasiva que insinuaba algo más.

Habíamos logrado con Jorge esos días una curiosa capacidad para transmitirnos con una mirada, una señal, nuestros pensamientos. Esto no es extraño si se considera que en los ambientes que frecuentábamos debíamos escuchar constantemente cosas que no nos gustaban, que de inmediato sugerían una pregunta y muchas veces, por

cortesía o precaución, debíamos guardarnos los comentarios para después. Comprendimos que si queríamos saber algo más debíamos cambiar de estrategia, y comenzamos una conversación en que mezclábamos preguntas sobre su nombre, edad, actividad, con opiniones críticas sobre la sociedad cubana.

Estela, intrigada, preguntó en un momento:

—Pero ustedes, ¿prefieren Chile, su país, o Cuba?

—Chile, de todos modos. No viviría aquí ni por todo el oro del mundo —contesté.

—¿Pero, qué clase de chilenos son ustedes? ¿No son comunistas, acaso?

—Por supuesto que no somos comunistas —contestó Jorge—, trabajamos para el gobierno de Chile.

—¿Para Pinochet? —preguntó incrédula. Enseguida llamó a sus amigos, que estaban al lado. Probablemente habían escuchado nuestra conversación.

—Son chilenos de Pinochet —dijo a Alicia, una morenita algo mayor que ella, y a Manuel, un muchacho de pelo claro, de unos veinte años. El cuarto integrante del grupo se mantuvo a una prudente distancia.

Después de las presentaciones, intentamos convencerlos de que no éramos comunistas y de que trabajábamos para el gobierno de Chile. Les explicamos lo de la conferencia, les mostré una credencial que me identificaba como funcionario de la Presidencia de la República de Chile. Decidieron confiar en nosotros, aunque mantuvieron ciertas dudas hasta el final.

Estela era dibujante técnico, pero no había encontrado trabajo como tal y cuidaba niños en una guardería infantil. Alicia terminaba su tercer año de enfermería y Manuel trabajaba como fumigador en Sanidad. Le preguntamos si fumigaba árboles o plantas y nos contestó que trabajaba en desinfectar las viviendas. Unas horas después, al conocer las viviendas en que ellos y muchos otros cubanos vivían, comprendimos mejor su trabajo.

Empezamos un interrogatorio que, de manera paulatina, nos reveló cosas impensadas. Nuestros tres inter-

locutores se atropellaban para responder las preguntas que les hacíamos.

La primera revelación que nos sorprendió fue que nos aseguraron que ellos, al igual que la mayoría de los cubanos, pasaban hambre. Manuel ganaba cien pesos y Estela, ciento diez. Convertidos al cambio oficial, significaban algo más de veinte mil pesos chilenos, lo que no nos parecía tan malo. Sin embargo, nos dijeron que un kilo de arroz costaba siete pesos. ¡Más de mil cuatrocientos pesos chilenos! (en Chile cuesta sólo cien). Nos contaron que la situación era generalizada, que cada día era peor y que, desde hacía un año, se había vuelto crítica.

En otro momento, ante una pregunta de Jorge de por qué no se veían jóvenes practicando deporte en las calles o parques, nos volvieron a recordar su realidad; según ellos, tendrían que estar locos para hacer deporte con la alimentación que recibían. Manuel lo había intentado y se había desmayado un par de veces. Replicamos que Cuba tenía buenos deportistas a nivel internacional y nos contestaron que ésa era una elite, que los mantenían en condiciones especiales, con un régimen de engorda. Haciendo gala de un humor que nunca falta, comentaron que Fidel había cambiado el plato típico del país. Antes era el conocido "Moros y Cristianos", arroz con porotos negros. Ahora, sólo papas, que era lo único que se podía comer. Una anécdota y nuestro posterior recorrido por La Habana nos terminaron de convencer.

Manuel nos contó que uno de sus amigos tenía un televisor en colores (son muy escasos en Cuba). En algunas ocasiones lograba captar la señal de algún canal norteamericano, que eran sistemáticamente bloqueados a través de interferencias. Cuando ello ocurría, por lo general de noche, llamaba a los vecinos y amigos para que vieran los programas. Pero lo que más les gustaba eran los comerciales. . .

—Somos capaces de pasar una noche en vela, chico, para ver los comerciales; de pronto aparece un pollo, un *poollo capitalista*, chico —decía entusiasmado, mientras

gesticulaba con las manos mostrándonos el tamaño del pollo.

—¿Ustedes conocen los pollos socialistas? Los pobrecitos pollos cubanos parecen pajaritos, chico.

Estábamos verdaderamente impresionados. Para convencernos, Estela nos prometió hacernos un *tour* por el populoso barrio de Centro-Habana, donde ellos vivían.

—Allá —aseguraba— ustedes verán que todo lo que les contamos es cierto; van a ver dónde vivimos, las tiendas donde tenemos que comprar.

Les preguntamos si todos opinaban como ellos, si no había cosas buenas.

Nos reconocieron que la educación era buena, que estaban agradecidos de ella. Que también la atención de salud era aceptable, que tenían algunos hospitales buenos, y en general bastante ayuda del Estado para los problemas de salud. Los niños, hasta los seis años, recibían leche. Pero pasada esa edad no tomaban leche, no podían comprarla porque desde hacía algún tiempo ya no existía en los almacenes. Los niños en edad preescolar tenían que pagar por asistir a una guardería infantil, pero allá los trataban bien. ¿Qué si todos opinaban como ellos? La gran mayoría, entre la juventud; todos, menos los hijos de papaíto.

—¿Quiénes son los hijos de papaíto? —pregunté.

—Los hijos de funcionarios altos del gobierno, del Partido o del ejército. Ellos tienen coches, ropa bonita, plata, chico; ¿sabes lo que es eso? Y, ay de ti si te enfrentas a uno de ellos; son prepotentes, chico; ¿entiendes? —respondió Manuel.

Adolfo Alcalá nos había contado que en Cuba todos ganaban entre cien y quinientos pesos. Los altos funcionarios, quinientos pesos. Parecía bastante equitativo, pero nos preguntábamos cómo podían vivir aparentemente bien con sólo quinientos pesos al mes. El mismo Adolfo nos había contado que además del automóvil estatal él tenía uno particular, que disponía de casa propia, y su

ropa y su reloj *Rolex* estaban bastante mejor que mi terno y mi *Citizen*.

—Cuando se lo comentamos a nuestros amigos, nos dijeron que efectivamente era así. Pero los funcionarios del Partido y del gobierno siempre contaban con dólares, podían entrar donde querían y tenían muchas ventajas.

—Un médico gana doscientos pesos —intervino Alicia—. Yo podría estudiar tres años más y sería médico; pero no lo voy hacer, no me conviene.

—¿Por qué no?, —preguntamos sorprendidos.

—Porque si soy médico no tengo ninguna posibilidad de irme de aquí. Como enfermera, si tengo mucha suerte, si me caso con un extranjero, quizás me dejen ir. Pero si soy médico, así, nunca, chico.

La conversación derivó hacia el tema favorito de muchos jóvenes: abandonar la isla. A nuestras preguntas, contestaron que ellos no podían salir de Cuba. Los tres se irían si tuvieran la posibilidad, como aquellos cuyos ambos padres vivían en el extranjero y los mandaban a buscar, pagando una buena suma. Pero, siempre que no fueran profesionales. Las mujeres, por su parte, al casarse con un extranjero tenían algunas posibilidades.

—Una amiga mía se casó con un mexicano de sesenta años, un viejo —aseguró Estela.

—Y nosotros ni así podemos, aunque nos casemos con una gringa —se quejó Manuel.

—Cuando recordamos que hace algunos años salieron muchos cubanos a través de la Embajada de Perú, se reían y decían entusiasmados:

—Vieran lo que fue eso, chicos. Fidel dijo: "El que quiere, se va", y se llenó la Embajada; si no lo paran, se va toda Cuba y se queda Fidel con Raúl, solitos. Había colas de gente, aglomeraciones, no podían pasar los autos por la calle.

—Imagínate que hasta los policías que cuidaban la embajada tiraron la gorra y se inscribían —dijo Estela—. Eso me lo contó un tío que estuvo allá cuando pasó.

—Si ellos, que son los que mejor están, se querían ir, ¿qué queda para el resto?, —decía Manuel.

—Pero al final no los dejaron partir. Muy pocos se fueron. Fidel sacó a los delincuentes de las cárceles, a los homosexuales, y a éstos les permitió irse. Un tío de Estela con su hermano tuvieron que hacerse pasar por maricas para salir de aquí. Darse besos y todo eso. ¿Imaginas a lo que se puede llegar? —dijo finalmente Alicia con un rictus de amargura.

—Pero este año ya se han ido cuarenta por mar. En botes, en neumáticos, como sea. Cuarenta, y entre ellos una mujer, —afirmó Estela orgullosa.

Mientras encendía el último Marlboro de mi cajetilla, que había abierto recién en la mañana, reflexionaba sobre lo que escuchábamos.

—Hay algo que no entiendo —les dije—. ¿Por qué no he visto ninguna manifestación de descontento, ni rayados en las murallas? ¿No pueden ustedes hacer algo? ¿Comentan esto con sus vecinos, sus amigos, los estudiantes, en el trabajo?

Me miraron con aire compasivo.

—La vigilancia revolucionaria —dijo Estela—. ¿Ves a ese hombre parado allá? Es un "chiva".

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Seguridad del Estado —contestó con expresión severa—. Hace un rato que nos está mirando. Cuando abandonemos la playa nos van a tener que acompañar y no permitan que los detengan por ningún motivo. Sacas tu pasaporte, te enojas, dices que vas a reclamar a la embajada. Ahí no se atreven. Yo he visto a mexicanos y españoles hacerlo y se forma un lío diplomático. Nosotros no podemos estar en esta playa, es sólo para turistas, pero ustedes nos protegerán, ¿verdad? "Ellos vienen conmigo", dices.

Ignoraba el efecto que mis documentos podían causar. Respecto a la embajada. . . bueno, estaban las Naciones Unidas, que nos había invitado. En todo caso tran-

quilité a Estela y sus amigos, asegurando que les acompañaríamos.

—¿Conoces a los cederistas? —preguntó Manuel.

—No, ¿quiénes son? —contesté.

—Los Comité de Defensa de la Revolución, los CDR. Están en todas partes: en los barrios hay uno en cada cuadra y llenan una ficha de todas las personas. Así controlan a todos los vecinos.

—Alicia tiene una anotación —irrumpió Estela y se rió—. Dijo "abajo Fidel".

—¿Cómo?

—Así es —reconoció Alicia—, no pude contenerme, no me dejaban entrar a un lugar para turistas, yo reclamaba y me decían, que la Revolución. . . "Abajo la Revolución, Abajo Fidel", grité. Y el "chiva" me llevó detenida; estuve quince días en un calabozo inmundo. Ahora me pueden dar cinco años de cárcel, hay un proceso y esa anotación en la ficha.

Comprendimos entonces que no era fácil para los cubanos manifestar sus opiniones. Recordamos la condición de la prensa, la propaganda. Debía ser realmente desesperada y asfixiante la situación de quienes pensaban como nuestros amigos. Sin embargo, nos negábamos a creer que su posición y su pensamiento fueran algo generalizado entre la juventud.

—Pero hay jóvenes de la Unión de Juventudes Comunistas —dije—, nosotros los vimos en una industria que visitamos.

—Es lo mismo —dijo Manuel—; son parte del control político, de la vigilancia revolucionaria. Es cierto que están en todas partes. Si habemos cien jóvenes, hay diez de ellos; tienen privilegios, ¿sabes? En la empresa donde yo trabajo también están la UJC, el Partido y el sindicato. Nosotros los despreciamos, aunque a veces los entiendo —terminó con una expresión de desagrado.

—También están en las universidades —intervino Estela— y en los institutos superiores, hasta en los colegios.

Jorge comentó que había visto en la televisión un reportaje a niños de educación básica y le había llamado poderosamente la atención la existencia de ciertos alumnos que tenían responsabilidades en la disciplina de sus compañeros. Aunque las faltas a esa edad —diez años— no eran de tipo político, a Jorge le impresionó mucho que una niña hablara de la falta de conciencia de algunos compañeros que no estudiaban, que eran desordenados. La delación —concluimos— es una institución en la sociedad cubana. Una institución que comienza en los niños, a temprana edad, y los acompaña implacablemente en el colegio, en la Universidad, en la empresa y también en el barrio.

Recordé entonces la existencia de las casas con propaganda que había en cada cuadra. Recordé también que en los edificios de varios departamentos los “cederistas” estaban siempre en el hall de entrada al edificio, sentados alrededor de una mesa, tomando unas cervezas bajo unos enormes carteles y afiches con la imagen de Fidel.

Sentí la necesidad de sumergirme en las cálidas aguas del Caribe. Después de nadar un rato y secarnos, tomamos unas fotografías y nos dispusimos a enfrentar el operativo para abandonar la playa junto a nuestros amigos, de acuerdo con sus instrucciones. Para alegría de ellos, el “chiva” había desaparecido; probablemente se aburrió, como comentó alguien. Pensé que, a fin de cuentas, también era un empleado público.

IX. UN TOUR DIFERENTE

Mientras el taxi INTUR se internaba por las calles de La Habana en busca de la dirección que yo le había señalado al conductor, de acuerdo con las indicaciones de Estela, se acentuaban las características de la ciudad, que ya conocíamos: las calles cada vez más sucias, las casas en pésimo estado, y la ausencia total de colorido formaban un cuadro lúgubre y triste.

Después de pagar la carrera con dólares y de desoír el consejo del taxista, que quería impedir a toda costa que nos quedáramos en ese sector, empezamos a caminar hacia lo que parecía ser un conjunto de locales comerciales. La experiencia era nueva para nosotros porque habíamos visto escasísimas tiendas para cubanos en La Habana. Estela resultó ser una excelente guía y nos condujo con soltura a través de la gente.

Al llegar a una esquina entramos a una tienda donde aparentemente vendían comestibles. El lugar era oscuro, de unos treinta y cinco metros cuadrados, y en una estantería detrás del mostrador se exhibían los productos.

Había sólo dos personas además de nosotros y ocupaban en ese momento la atención del único vendedor. Estela, Alicia y Manuel nos contaban que en esos almacenes era donde habitualmente compraban. Había algunos un poco más grandes que se llamaban supermercados, pero la variedad de productos no era mucho mayor. Jorge Eugénin contó el número de productos en venta y éstos no superaban los quince. Azúcar, fideos, salsa de tomates y otros paquetes envasados en papel de color café que no logramos identificar, constituían toda la variedad de comestibles a que tienen acceso los cubanos. Resulta

casi increíble si pensamos que en un supermercado perteneciente a cualquiera de las cadenas que hay en Santiago de Chile, la variedad es al menos de cinco mil productos.

Salimos de la tienda de comestibles, al doblar la esquina nos encontramos con una cola de unas sesenta personas frente a otra tienda. Habíamos consultado a nuestros amigos sobre la poca numerosa concurrencia de clientes al almacén. Nos dijeron que sólo se juntaban en mayor número cuando aparecían productos escasos, sujetos a racionamiento. Pero generalmente las tiendas presentaban ese aspecto desolador que advertimos en el lugar. La gente no poseía mucho dinero y tenía que cuidarlo. Seguimos la cola y llegamos a un local donde vendían pan.

—Todos los días se forma esta cola sólo para comprar pan —decía Estela—. Si quedas muy atrás, simplemente no comes.

El único tipo de pan que se expendía me recordó tiempos pasados en nuestro país. De un color oscuro, estaba elaborado con afrecho, que se utiliza preferentemente en la alimentación de los cerdos. En 1973, el gobierno de Salvador Allende había llevado a Chile a una aguda crisis económica. La reforma agraria condujo a una dramática reducción de la producción agrícola, y el trigo no fue suficiente para satisfacer la demanda. La ausencia de divisas, por su parte, no permitió importar el trigo, de modo que hubo de recurrirse primero a un estricto racionamiento y, luego, al pan elaborado con afrecho.

Continuamos nuestro recorrido por las calles de La Habana, que a esas alturas estaban convertidas en paseos peatonales, porque la habitual escasez de autos en las calles se acentuaba a tal punto que prácticamente habían desaparecido.

Pasamos por una carnicería donde se vendía carne de vacuno y de caballo, y también unos escuálidos "pollos socialistas". Esta vez no entramos y nos limitamos a mirar por la ventana. No había gente al interior del local.

—Ahora sí que verán algo bueno —afirmó Alicia—. ¿Saben lo que es un puesto?

—¿Un puesto de qué? —preguntó Jorge—. ¿Qué venden ahí?

—Verduras y frutas... a veces.

El lugar era más oscuro que lo habitual, y la suciedad superaba todo lo imaginable. Sobre unas enormes bandejas de madera, entre la tierra, se distinguían unas papas y unas zanahorias. El resto de las bandejas estaban vacías. Preguntamos si eso era todo y esta vez fue el dependiente quien nos contestó que no había nada más, y que tampoco se esperaba que llegara en los próximos días. Nos contaron al salir que ése era el único puesto de verduras del sector.

Seguimos el camino hasta llegar a una tienda con una vitrina —las anteriores no las tenían— donde se veían algunas prendas de vestir: zapatos (cuarenta y sesenta pesos), camisas de colores celeste y verde, pantalones grises y verdes, son algunos de los artículos que recuerdo.

—¿Te comprarías esos zapatos? —preguntó Manuel.

—No, no me gustan, y además son caros —le respondí.

—Claro que son feos, y caros. Pero no sería tan malo si fueran de buena calidad. Se rompen con facilidad y tienes que cuidarlos porque no te venden más.

Frente a una tienda de ropa femenina Alicia nos preguntó con sorna, señalando unas poleras:

—¿Por qué no les llevan unas a sus mujeres?

—No, gracias —contestamos—, no son muy bonitas.

—Bueno, nosotras no tenemos alternativa; eso es lo que tenemos que comprar.

Nuestra siguiente visita nos llevó a lo que en sus tiempos fue una tienda de departamentos. De construcción sólida, con grandes vitrinas y amplios salones de venta, presentaba un espectáculo desolador. Sólo en las esquinas se acumulaban algunas prendas de vestir. Esto llevó a Jorge a sugerir que podría aprovecharse el espacio

para una pista de patinaje o un gimnasio, lo que causó mucha gracia a nuestros amigos.

Se repitieron aquí las quejas de las niñas respecto a la ropa. Nos mostraban los vestidos "elegantes", los pantalones, los zapatos, con observaciones críticas y a veces amargas.

Es difícil para nosotros captar la importancia que los jóvenes le dan a la ropa. Como en todo el mundo, les gusta vestirse bien, no elegantes pero sí con cosas bonitas. La "chatura" y la ausencia de imaginación de la revolución se manifiestan también en este campo, y la ropa es definitivamente fea. Los cubanos se dan cuenta de ello. Les basta comparar su vestimenta con la de los turistas y la de los "hijos de papaíto". Como siempre sucede con las cosas prohibidas o inaccesibles, me da la impresión que ellos tienden a sobrevalorar la importancia de este aspecto. Insistían mucho en este asunto, que para nosotros era bastante menos impactante que otros. Pensándolo bien después, me doy cuenta de que nuestra diferencia de edad también influía en la distinta percepción del problema.

El *tour* comercial terminó en una tienda de artículos electrónicos y electrodomésticos. Los aparatos que se vendían eran francamente anticuados y caros. Radios entre sesenta y ochenta pesos, de un modelo de por lo menos veinte años atrás y de marca checoslovaca, según nos contaron. Un par de artículos, y la absoluta ausencia de grabadoras o tocacasetes, como nos hicieron ver nuestros amigos. Más allá se observaba una lavadora, bastante antigua, por algo más de cuatrocientos pesos.

—Ya han visto lo que tenemos que comprar cuando podemos hacerlo —dijo Estela—; ahora verán dónde vivimos —agregó con voz desafiante, mientras abandonábamos el sector comercial.

Enfilamos a través de calles cada vez más sucias. Manuel nos señaló a un muchacho que caminaba con un estanco en la espalda y se detenía frente a la puerta de una casa.

—Ese es un colega —dijo—, está desinfectando este sector.

Por la puerta entreabierta se alcanzaba a ver el interior de la casa, desprovista de muebles, y con varios pedazos en que el suelo de madera estaba podrido.

—Parece que efectivamente necesita una desinfección —comenté.

—Eso no es nada —aseveró Estela—; vas a ver cosas peores. Te voy a mostrar un solar.

—¿Qué es un solar? —pregunté.

—Ya lo verás —dijo mientras apuraba el paso.

Unas casas más allá nos detuvimos frente a un edificio de dos pisos en estado lamentable. Parecía que en cualquier momento los muros, carentes de pintura, se vendrían abajo, arrastrando las ventanas sin vidrios. Entramos y lo que vimos fue impactante. Con una distribución similar a la de los conventillos que conocemos en nuestro país, pero en un espacio muchísimo más reducido, el lugar estaba dividido en varios cuartos que no tenían puertas ni ventanas y se situaban tanto en el primer piso como en el segundo. En cada habitación, grupos de cinco, seis y hasta diez personas, la mayoría negros, se encontraban sentados en el suelo conversando, o bien tendidos. No había ningún tipo de mobiliario.

En vista de nuestra natural reticencia, Estela nos empujaba hacia el interior, mientras decía:

—Aquí vive esta gente, lo ves. Y todos viven aquí, ¿te imaginas?

Los habitantes del solar nos miraban con una expresión ausente cuando nos asomábamos al interior de sus miserables viviendas. Me llamó la atención la baja cantidad de niños que había. Me contaron que era por el estricto control de la natalidad.

—¿Vieron? —seguía Estela—, así está la gente en La Habana. Y no son los únicos, hay muchos solares como éste.

Abandonamos el lugar cuidando no pisar en los innumerables charcos de un líquido maloliente que cubrían

el suelo. Dos cuadras más allá, Estela nos introdujo en otro solar. Tenía características similares al anterior, sólo que era de un piso. La misma miseria, la misma mugre y las mismas expresiones en el rostro de la gente.

Los solares no son las únicas viviendas miserables que hay en La Habana. Un rato después nos detuvimos en una esquina frente a lo que aparentaba ser un local comercial. Con la cortina metálica cerrada, tenía una pequeña puerta —también metálica— en un costado y estaba entreabierta. Estela se asomó y nos pidió que miráramos. En medio de la oscuridad del interior pudimos distinguir varios bultos en el suelo de hormigón. Una vez que los ojos se acostumbraron a la oscuridad, recién pude darme cuenta de lo que veía. Los bultos en el suelo eran seres humanos, que descansaban. . . Ese era el lugar donde vivían.

Luego, Estela nos llevó a conocer a su primo Andrés. Tiene veintiún años y unos vivaces ojos negros. Estudió comercio y gana ciento veinte pesos al mes trabajando en un supermercado. Es inteligente y muy simpático. Vive junto a sus padres y hermanos en el segundo piso de una vieja edificación de La Habana. La vivienda cuenta con dos habitaciones; la primera es pequeña y en ella hay una mesa con cinco sillas. La otra es el dormitorio, que tiene cinco camas y está separado en la mitad por una cortina. En una esquina hay una mesa con un televisor en blanco y negro. Una puerta comunica el dormitorio con un baño, y lo mismo sucede en el otro cuarto, en que la puerta comunica con la cocina. Del techo de ambas habitaciones cuelgan sendas ampolletas. Eso es todo lo que hay en la casa de Andrés, absolutamente nada más, ni un mueble ni una alfombra ni siquiera un cuadro o algo que se le parezca en las paredes.

Cuando Estela nos presentó a Andrés y le dijo que éramos chilenos, advertí en sus ojos la desconfianza inmediata. Estela debió aclarar que éramos chilenos "capitalistas" para vencer su resistencia. Aun así, mantuvo una actitud cautelosa durante algún tiempo.

Andrés se unió a nosotros en la parte final del *tour*. Decidimos con Jorge invitarlos a comer en la noche a un buen restaurante. Se alegraron mucho y nos acompañaron en dirección al hotel. En un momento dado, Estela nos detuvo y preguntó:

—Les dijeron que en Cuba no había drogas, ¿verdad?

Como contestamos afirmativamente, nos condujo hacia un sitio eriazo y dijo:

—Miren allá, ¿qué creen que hacen esos chicos?

Efectivamente, los muchachos hacían los ademanes inconfundibles de quienes están fumando un "pito" de marihuana.

Continuamos en dirección al hotel, y acordamos juntarnos frente al cine que está a un costado de éste a las ocho y media de la noche. Nos dejaron a unas diez cuadras, desde donde ya era visible el imponente edificio del Habana Libre.

X. "LA HABANA NO AGUANTA MAS"

Cuando faltaban quince minutos para las nueve de la noche, Estela y Andrés cruzaron la calle y se acercaron a nosotros que, desde hacía diez minutos, los esperábamos frente a la sala de cine, como estaba convenido.

Alicia y Manuel no habían podido venir. Para ser más preciso, Manuel no pudo y Alicia no quiso. Según la explicación de Estela, Alicia consideraba que no tenía ropa adecuada para ir a un restaurante elegante, como era nuestra intención. Después de discutir acerca del lugar en que comeríamos, buscamos un taxi. Al cabo de un par de intentos fallidos abordamos uno, que aceptó llevarnos al restaurante por una tarifa prefijada. Los dos taxis—desocupados— que no se detuvieron ante nuestra señal siguieron su camino "porque les da la gana", de acuerdo a lo que nos dijo Andrés. "Otra consecuencia inevitable del sistema", comentamos con Jorge. Los taxistas reciben un sueldo fijo del Estado, por lo que, pensándolo bien, concluimos que actúan en forma bastante lógica cuando no se detienen "porque no les da la gana".

El conductor nos observaba por el espejo retrovisor mientras escuchaba nuestra conversación. Me pareció que estaba bastante sorprendido —y también divertido— por el inusitado carácter contrarrevolucionario de los comentarios que hacíamos. Mantenía sin embargo un discreto silencio que sólo interrumpió al final a raíz de una anécdota que contamos a nuestros amigos. Nosotros, por otra parte, estábamos algo extrañados por la soltura con que Estela y Andrés criticaban el régimen en presencia de un desconocido. Al hacérselos presente, Andrés contestó en voz alta:

—No hay cuidado. Todos piensan igual, todos sufrimos por igual, tenemos un problema común.

Desde ese momento el taxista pareció más suelto y participó de cuando en cuando en la conversación, confirmando las aseveraciones de Andrés y Estela. Pero su discreción quedó absolutamente de lado cuando escuchó el relato de nuestra visita a *La Bodeguita del Medio*. En medio de las risas de nuestros amigos al oír que entre otras cosas habíamos escrito "Viva Pinochet" con grandes letras en la mesa en que comíamos, surgió una potente carcajada. El hombre, de unos cuarenta y cinco años, redujo la velocidad del LADA hasta casi detenerse y, dando vuelta la cara, preguntó incrédulo:

—¿En *La Bodeguita del Medio* escribieron ustedes ¿Viva Pinochet? ¡No puedo creerlo! Tienen que darme el número de la mesa. Cuando les cuente a mis amigos. . . no van a creerlo. Tienen que darme el número de la mesa.

—Es el 36 —contesté—. Pero tiene que apurarse, pues, sin duda, lo van a borrar.

—Seguro que lo han borrado, carajo. Voy mañana mismo a ver si se les ha pasado.

El restaurante elegido estaba junto al Malecón, en una bella casa antigua, bien conservada. Después de unos daiquiris en el bar, pasamos a ocupar una mesa situada en un cómodo rincón, a buen recaudo de ojos y oídos poco amistosos.

La primera sorpresa de la noche la proporcionó Estela a la hora de ordenar la comida. Mientras nosotros pedimos un plato de carne con distintos acompañamientos, ella pidió lo mismo más una enorme escalopa con papas fritas. Al observar su fragilidad, no pude dejar de pensar en lo que siempre sucede cuando llevamos a nuestros niños a comer: sin poder medir su capacidad piden un plato que no son capaces de terminar. Estaba equivocado. Aún no concluía mi comida y Estela daba cuenta de las últimas papas fritas de su enorme plato, después de haber devorado con una voracidad impresionante la carne que yo no había logrado saborear. Como le hicié-
ra-

mos bromas por su apetito, ella replicó con toda naturalidad:

—¿Y qué quieren, chicos, si todo lo que he comido hoy día es un huevo, y ayer también un huevo? Eso sí que no falta aquí. . . , es lo único que hay, chico.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Jorge, ¿has comido nada más que un huevo en todo el día?

—Nada más, una taza de té y un huevo; así es todos los días. Ustedes son una bendición para nosotros. Con esta comida tengo para una semana. Ustedes han caído del cielo, los mandan la Virgen y San Lázaro, —continuó Estela.

No habíamos tenido la oportunidad de conocer el sentimiento religioso de los cubanos ni la situación de la Iglesia Católica. Adolfo Alcalá nos había dicho que se permitía el culto de la fe católica, y también de otras religiones. La Iglesia sin embargo no está autorizada para impartir educación católica a través de colegios propios, y los programas oficiales no contemplan la enseñanza religiosa. Así, el instrumento más poderoso de evangelización que ha tenido la fe católica queda descartado.

Estuvimos en el interior de una iglesia, la tradicional catedral que se levanta en La Habana Vieja. Junto a las imágenes de la Virgen y de Jesucristo, observamos la presencia disonante de un letrero de cartulina blanca escrito con plumón, que destacaba una cita bíblica escogida con cuidado para demostrar que Cristo era también un revolucionario. Pensé que algunos sacerdotes de la llamada "Iglesia popular" de Santiago hallarían allá una valiosa fuente de inspiración. Pero se encontrarían también con una descomunal sorpresa al conocer las miserables condiciones de vida que se deben soportar por la imposición del socialismo.

Tampoco había olvidado que un chileno, católico y partidario entonces del gobierno de Allende me definió la Iglesia Católica en Cuba como un grupo más de funcionarios, y se refirió al sometimiento de los sacerdotes al gobierno.

La alusión de Estela a la Virgen y San Lázaro despertó nuestro interés por profundizar acerca de la Iglesia Católica. Hicimos una serie de preguntas a nuestros amigos al respecto y descubrimos que eran católicos practicantes. La influencia provenía, por lo general, de los abuelos, no así de los padres que, al igual que ellos, no habían recibido educación católica. La organización de la Iglesia en Cuba se limitaba a la celebración de la liturgia, donde se trataban materias puramente espirituales.

Estela y Andrés no parecían tener una preparación acabada en materias doctrinarias y religiosas. Su fe era simple, pero profunda; su religión, Cristo, la Virgen y San Lázaro representaban para ellos la esperanza, y también la presencia en su alma y en su mente de un precioso lugar donde el comunismo, con toda su fuerza y su poder, no podía penetrar.

La conversación derivó después hacia otros temas. Volvimos a insistir en una interrogante que se nos presentó desde el momento en que supimos de la existencia de gente que disenta del régimen. ¿Cuán extendido era ese sentimiento entre los cubanos y entre la juventud en particular? Nos preguntábamos si no habíamos conocido precisamente a las personas que nos entregarían una visión crítica. Teníamos varias evidencias de que no era así y, además, la extensión de los barrios pobres que visitamos nos indicaba que la gran mayoría sufría las mismas penurias que nuestros amigos. Pero, ¿pensaban igual que ellos? Los conductores de taxis, los muchachos que encontramos el primer día en la plaza; Trinidad, la niña que conocimos a la salida de *La Bodeguita del Medio*, constituían señales inequívocas de que nuestras aprensiones no eran justificadas.

Como, pese a todo, planteamos a Estela y Andrés nuestra inquietud, ella, que siempre tenía una respuesta para cualquier cosa, explicó:

—Bueno, para que nos crean, ahora los vamos a invitar a un lugar donde se junta la juventud. Ahí verán

ustedes que piensan como nosotros, podrán conversar con ellos y verán que son todos capitalistas.

—¿Capitalistas? —preguntamos al unísono.

—Sí, capitalistas, igual que nosotros y ustedes; no les gusta el comunismo.

Comprendimos entonces que la palabra *capitalista* era utilizada como un antónimo al comunismo. La aceptación del término, que nosotros estamos acostumbrados a usar —influida quizás erróneamente por nuestro medio—, no concibe que personas que viven en las paupérrimas condiciones que conocimos, que sufren diariamente de hambre, se denominen a sí mismos *capitalistas*.

Después de viajar algunas cuadras en una *guagua*, nos encontramos sentados a una mesa junto a varios muchachos. Allí, tomando unos *Cuba libre* —ron con cola— y con música de fondo, sostuvimos interesantes y profundas conversaciones con nuestros amigos.

La reacción inicial ante la mención de nuestra nacionalidad era siempre la misma: desconfianza. Sólo la aclaración posterior, utilizando la palabra mágica *capitalista*, nos abría las puertas para continuar la conversación.

Rafael fue uno de los jóvenes que conocimos esa noche. Me llamó inmediatamente la atención por su inteligencia y madurez. Tenía sólo veinte años, pero se destacaba en el grupo por lo acertado de sus comentarios. En un momento, cuando todos sus amigos se declaraban abiertamente capitalistas y las palabras usadas para denostar al comunismo subían de tono, en la misma medida en que bajaba el nivel de la botella de ron, Rafael me dijo:

—Los chicos tienden a idealizar el capitalismo. Es lógico que así sea. Lo que tenemos acá es tan malo que ellos se fijan sólo en las virtudes del capitalismo, y no en sus problemas.

—¿Qué sabes del capitalismo? —le pregunté.

—Bueno... hay ricos y hay pobres, igual que acá.

Yo sé que también hay pobres en los países capitalistas. No todo es color de rosa. Pero hay una gran diferencia.

—¿Cuál es la diferencia? —volví a preguntar.

—Acá, para ser rico, tienes que traicionar tu conciencia. Tienes que convertirte en delator, ¿entiendes? Lo haces a costa de tus hermanos, tus amigos, tus vecinos. Mientras más cruel eres, más eficiente. Así vas escalando posiciones, hasta convertirte en alguien poderoso. Puedes tener coches y una linda casa; te vistes bien, siempre con dólares. Pero todo eso lo construyes sobre la base de la desgracia de tus hermanos. Yo no estoy dispuesto a hacerlo. Por eso me quiero ir. Yo sé que en otro país me iría bien, allá valoran tu inteligencia, tu esfuerzo, tu trabajo.

—Pero te puede ir mal, puedes fracasar, tú mismo lo dijiste —contraargumenté.

—Ah. . . , claro que me puede ir mal. Es la pura verdad. Pero lo intenté, cierto. Ahí está la gran diferencia. No sabes cuán importante es tener la posibilidad de intentarlo. Acá no puedes, acá valoran otras cosas. Debes entregarles tu voluntad, tu conciencia, tu moral, y convertirte en una pieza más de la vigilancia revolucionaria. Así llegas a ser un privilegiado, sin otro mérito que ser más cruel que tus hermanos, más desalmado, más revolucionario —concluyó Rafael.

Quedé impresionado por la profundidad de su análisis. Entendí como nunca antes la importancia de la libertad de elegir, de la individualidad, y comprendí, por otra parte, cuán siniestro es el sistema comunista en su intento por destruir esa individualidad, esa libertad de conciencia; en definitiva, la persona humana.

Rafael continuó con sus preguntas acerca de otros países que yo había conocido, acerca de Chile. Repentinamente dijo:

—Yo no sé lo que pasa en tu país. Acá la prensa critica todos los días a Pinochet, la dictadura chilena y sus crímenes. Yo creo la mitad de lo que dicen; sé que

la prensa miente. Basta ver lo que publica sobre nuestra realidad. Pero... ¿quieres saber lo que pienso?

—¿Qué piensas? —pregunté interesado.

—Aunque fuera cierto lo que dicen, si Pinochet ha hecho eso por salvar a tu país del comunismo, yo estoy con Pinochet —afirmó convencido.

Más adelante me dijo que cuando veía en la televisión imágenes de los disturbios en Chile sentía una mezcla de envidia y compasión.

—¿Cómo es eso?, —pregunté.

—Envidia, porque aquí no podemos manifestar nuestro descontento. Allá salen a gritar a las calles, con carteles y todo eso. ¿Te imaginas acá? Es imposible. Y siento compasión, también, por los pobrecitos que salen a gritar, alentados por los comunistas. Supieran lo que les espera. Ustedes no saben lo que es el comunismo, no saben todo lo que deben a Pinochet. Con Allende no alcanzaron a conocerlo, iban para allá, pero todavía existían libertades, como en los primeros años de la Revolución acá. He visto un diario de 1960 en que se permitía criticar a Fidel, lo trataban de comunista encubierto y todo eso. Pero ya no hay nada así, se acabó la esperanza; Fidel y los comunistas dieron el zarpazo final y se acabó. Eso es lo que evitó Pinochet, chico, el zarpazo final...

Rafael seguía dándome lecciones. ¡Y qué lecciones!

—Viste el asunto de derechos humanos en las Naciones Unidas... ¡es una vergüenza! —afirmó—. Fíjate que condenan a Chile y no condenan a Cuba. Es una pena no poder entrar a un país, pero es peor no poder salir. Aquí hay diez millones de prisioneros. No podemos salir, ¡te das cuenta! —decía Rafael con rabia—, y lo peor es la votación. Países como Argentina, Colombia... con Colombia no tenemos relaciones. Eso es burlarse del pueblo cubano, se burlan de nosotros.

Seguimos conversando, esta vez frente a una segunda botella de ron. Carlos, un muchacho que se caracterizaba por sus punzantes intervenciones, afirmó:

—Fidel Castro es el hombre más rico del mundo.

Como yo le rebatiera, diciendo que había gente mucho más rica que él, que yo conocía más que él porque había viajado, tenía acceso a la prensa internacional, y otras razones más, terminó por aceptar de mala gana que no era así, no sin antes acotar:

—No será el más rico, pero es el único que tiene diez millones de esclavos, chico.

No tuve argumentos para rebatir al convencido Carlos. A cada uno de los jóvenes con que conversaba, siempre le preguntaba, al final, qué esperaba del futuro, cuál era su expectativa. Carlos, al igual que Rafael y todos los demás, me contestó:

—Irme de la isla, chico, escapar de aquí; eso es lo único que podemos hacer.

Pese a que había escuchado la misma respuesta muchas veces, no dejaba de estremecerme ante la perspectiva que veían los cubanos. Nadie creía que pudiera revertirse la situación; su única salida era escapar. Tal era la conciencia que tenían de que el régimen detentaba la totalidad del poder. Sólo en una oportunidad alguien dijo que Fidel sostenía el régimen, que sin él podría producirse una pugna por el poder, porque la corrupción era muy grande. Y se hizo presente otra vez el temor a Raúl Castro. Aun así, visualizaba una luz de esperanza en esa situación porque, "a río revuelto, ganancia de pescadores".

Los últimos momentos en aquel lugar transcurrieron en un ambiente más alegre. El ron seguía llenando los vasos, y nuestros amigos nos enseñaron una canción cuya letra decía:

No hay cama pa'tanta gente, en La Habana no hay cama pa'tanta gente, La Habana no aguanta más, La Habana no aguanta más. . .

A las dos de la mañana el local cerraba, así es que emprendimos el regreso. Pasamos a dejar a Estela y Andrés a sus casas. La madre de Estela, que nos abrió la puerta, permaneció en silencio apenas supo que éramos

chilenos. Todos los argumentos de Estela fueron inútiles. Al despedirnos, nuestra amiga nos confidenció que su madre creía que nosotros los íbamos a delatar. Ella había sufrido mucho, así es que teníamos que comprenderla.

—Porque ustedes no nos van a delatar, ¿verdad?

Una sombra de duda permanecía hasta el final en la valerosa Estela. La despedida fue triste, y con Jorge caminamos en silencio hacia el hotel, por las calles que a esa hora estaban vacías y más sucias que nunca. Una enorme rata abandonó una lata de basura y cruzó frente a nosotros. Apuramos el paso para dormir algunas horas en la noche, que sería la última de nuestra estada en La Habana.

XI. EL PODER TOTAL

En la literatura política existe una corriente de autores que hacen una distinción entre gobiernos de tipo autoritario y gobiernos de tipo totalitario. Aunque he leído sobre el tema, y conceptualmente tengo bastante clara la diferencia, no había tenido la oportunidad de conocer tan de cerca la forma en que un gobierno puede concentrar para sí la totalidad del poder.

Las sociedades contemporáneas del mundo occidental están llenas de complejas y variadas relaciones entre los individuos. Parte de éstas son de poder. Las hay también al interior de las familias, de las empresas, de sociedades intermedias, y a nivel de país. Se desarrollan en diversos ámbitos, de tipo económico, comercial, social y político.

Las cuotas de poder en un país son, en consecuencia, la resultante de complejas interrelaciones entre el poder político, el poder económico, el poder de organizaciones sociales. Se expresan a través de distintos medios, como las instituciones políticas, que intervienen en los poderes Ejecutivo y Legislativo, las instituciones sociales que comprenden sindicatos, asociaciones gremiales, las empresas y los medios de comunicación social.

Las sociedades libres se caracterizan por la gran cantidad de decisiones que entregan al individuo, quien, con su voluntad, potencia las instituciones de diverso tipo a que pertenece y determina en forma paulatina la repartición del poder.

Las sociedades totalitarias, en cambio, reemplazan al individuo, como agente generador de decisiones, por

una organización férreamente controlada por una cúpula.

En Cuba, esa organización es el Partido Comunista. Actúa a través de distintas instituciones bajo su control, que van desde el gobierno mismo hasta una serie de organismos intermedios.

En una sociedad libre las decisiones de tipo económico, que toma el individuo, son innumerables. Por una parte, de acuerdo con sus recursos y posibilidades, determina la actividad que va a realizar, ya sea como empleado o empresario. Por otra, los ingresos que recibe por su actividad le sirven para adquirir distintos bienes, que él mismo selecciona. Su elección, junto a la de muchos otros, determina los bienes que son demandados, importante señal para las empresas productoras de bienes.

Nada de esto ocurre en Cuba. El gobierno es el único empleador posible, con lo cual el individuo pierde de inmediato la libertad de elegir su empleo y el lugar de su residencia. Es fácil imaginar el enorme poder que el gobierno y quienes lo dirigen tienen sobre los individuos. Esa es la razón por la cual las autoridades se han negado a permitir manifestación alguna de actividad económica particular, por pequeña que ella sea. Esto ocurre pese a que, en ciertos casos, las ventajas de la iniciativa privada son tan evidentes, que gobiernos con economías centralmente planificadas las han permitido, con el fin de mejorar la eficiencia.

Me tocó conocer un caso de cerca. Norberto, un muchacho de veinte años, está cesante desde hace tres. Ante la posibilidad de abandonar el país, a través de la Embajada de Perú, se inscribió, pero luego no fue autorizado para salir. Desde esa fecha se ha presentado como postulante a varios empleos, todos en el sector estatal, por supuesto, y ha sido sistemáticamente rechazado.

La mala suerte de Norberto no terminó allí. En su obsesión por abandonar el país consiguió, a través de un trato con un funcionario de Emigración, la promesa del

ansiado pase para salir de Cuba a cambio de siete mil dólares norteamericanos que cancelarían su hermano mayor residente en los Estados Unidos. Llegó a tener incluso en su poder un pasaporte, pero a última hora no obtuvo el permiso final. Hasta el día de hoy no sabe si el funcionario de Emigración (a quien no ha logrado ver otra vez) lo estafó, o si la burocracia frustró su anhelo, pese a que había superado lo que él creía era la última barrera que lo separaba de la libertad. La única forma de ganarse la vida que tiene este joven es el mercado informal o mercado negro, en el que actúa como intermediario para obtener algún ingreso. Esta actividad la realiza al margen de la institucionalidad, y no podría hacerlo de otra forma porque no se permite ejercer una actividad empresarial privada. El caso del pasaporte, que todavía guarda entre sus papeles, quizás con la secreta esperanza de que pueda serle útil algún día, refleja otra dimensión del proceso por el cual el individuo es anulado como tal, quedando a merced del enorme poder discrecional del Estado y sus funcionarios.

La situación de Norberto ilustra muy bien las consecuencias de tener al Estado como único empleador, no porque haya muchas personas en su caso sino porque hay miles que comprenden que, si expresan con palabras o acciones su discrepancia con el régimen, podrían terminar en una condición parecida a la suya.

La falta de libertad económica se transforma de este modo en uno de los pilares en que se afirman el control ciudadano y la restricción a la libertad política. Por una parte, su dependencia del Estado y del poder que lo controla es tal, que no puede dejar de seguir los dictados de los dirigentes políticos. Por otra, el sistema económico socialista atrofia en forma sistemática la voluntad, la iniciativa, la individualidad; todas características imprescindibles para el ejercicio de las libertades políticas. Esta falta de "entrenamiento" en el ejercicio de las libertades individuales ayuda al régimen en su objetivo de

dirigir al pueblo cubano, sin tomar en cuenta sus preferencias.

Un segundo pilar que cimienta el control ciudadano es la inexistencia de libertad de prensa. Esta opera —como ya lo adelantamos— en una doble dimensión. Se seleccionan las noticias que, a través de los medios de comunicación —todos estatales—, llegan al público. Por esa vía se priva de información a los cubanos, y también se les desinforma mediante la reiteración y la mentira. Si por alguna falla del sistema llegara a ocurrir un hecho que refleje descontento, el resto de los ciudadanos no lo sabrá.

El segundo aspecto del control de la prensa es el que refuerza la sensación de impotencia que sienten los individuos. Si agregamos a su dependencia económica la conciencia de estar frente a una manifestación de poder absoluto del gobierno y del Partido Comunista, a través de los medios informativos, podemos comprender la situación que vive un cubano.

La prensa demuestra al individuo, a cada momento y ostentosamente, el poder y el control que el Partido ejerce sobre él.

Ya vimos que la estrategia de medios de comunicación social del gobierno incluye también el estricto control y regulación de la actividad cultural, lo que comprende libros, revistas, cine, teatro.

El cubano recibe así sólo los mensajes que las autoridades desean que reciba, y además sabe que es así. El control llega al extremo de no permitir la circulación de revistas o cualquier otro medio no producido por el gobierno, sea de origen nacional o extranjero. El caso más increíble es la ausencia de grabadoras en las tiendas que venden artículos electrónicos o electrodomésticos. Este detalle, que nos hicieron ver nuestros amigos, no ha sido descuidado. Se evita así la formación de canales paralelos de información a través de cintas o casetes. Pese a ello, nos contaron de la existencia de casetes con canciones contrarrevolucionarias, con títulos tales como *La*

Habana no aguanta más, que circulan en forma restringida. Por desgracia no pudimos conseguir un ejemplar, como era nuestro deseo.

La falta de libertad económica y la estrategia de medios de comunicación son dos elementos fundamentales del control político. El tercer elemento de esta tríada, destinada a obtener el poder total, es lo que podemos denominar el estado policial, eufemísticamente llamado por los jefes con el nombre de "vigilancia revolucionaria".

Este estado policial se manifiesta a través del control al individuo en cada una de las actividades de su vida diaria. Su herramienta principal es la delación, que se sustenta en los privilegios y ventajas que obtienen los delatores como recompensa, lo que establece una marcada diferencia entre la calidad de vida que llevan y la del resto de sus compatriotas.

Si bien es cierto Cuba es un país muy militarizado (con uno de los contingentes militares per cápita más altos del mundo y una presencia de policías en las calles bastante notoria), no es ése el elemento principal en que se apoya el estado policial.

Más importante es la existencia de los Centros de Defensa de la Revolución en los barrios de La Habana. Más efectiva es la presencia del Partido Comunista y de la Unión de Juventudes Comunistas en cada empresa, en cada centro de estudios, en cada agrupación profesional.

La vigilancia revolucionaria cierra el círculo fatídico que oprime la libertad. Si el sistema económico y la estrategia de medios de comunicación fallan en su intento de ahogar las voluntades de los cubanos, el estado policial que rige su vida cotidiana se encarga de eliminar todo atisbo de disidencia política.

En momentos como el actual, en que la realidad objetiva de las condiciones de vida se deteriora hasta niveles de subsistencia, el control policial pasa a ser el elemento fundamental.

Ese es el estado actual de las cosas para muchos

jóvenes que conocimos en La Habana. La situación económica es tan mala, que la falta de libertad económica ya no actúa como freno ante personas que no tienen nada que perder. Los cubanos tampoco creen en los mensajes que entregan los medios de comunicación, los cuales operan sólo en su dimensión de amedrentamiento. El último bastión, la vigilancia revolucionaria, impide que se manifiesten como una fuerza incontrolable todo el descontento y toda la frustración que guardan.

La segregación o *apartheid* que se les impone juega también un papel importante como instrumento de la vigilancia revolucionaria. Si bien es cierto el objetivo principal del *apartheid* es privarlos del conocimiento del mundo exterior, y cumple un rol parecido al del control de los medios de comunicación, existe también un segundo objetivo.

El *apartheid* es otra de las innumerables señales que reciben los cubanos para recordarles su absoluta impotencia como individuos frente al poder del Estado. Los jóvenes lo sienten así, y nos lo hicieron ver. Las prohibiciones que emanan del *apartheid* acrecientan la sensación de que su individualidad, su persona, ha sido anulada por el control estatal. Les está prohibido entrar a ciertos hoteles, restaurantes, playas. No reciben una razón explicable que justifique la restricción. Sólo se mencionan las exigencias de la revolución. Esta se transforma así en un ente que está por sobre la razón humana, y los ciudadanos deben, una vez más, agachar la cabeza ante la presencia del poder total.

El socialismo, en teoría, se basa en la eliminación de las diferencias económicas y sociales entre las personas. El comunismo, en su etapa más avanzada, habla de la eliminación de las clases e incluso del Estado, de acuerdo con algunos de sus ideólogos principales.

Esta utopía, que a mi juicio desconoce la naturaleza humana, no puede estar más alejada de la realidad cubana. La consecución de la totalidad del poder requiere de

un aparato partidario que sostenga el extenso sistema de control ciudadano.

El aparato partidario se basa fundamentalmente en la existencia de privilegios. Un sistema que ha fracasado por completo, de acuerdo a cualquier examen objetivo, no podría sostenerse de otra forma. La pobreza generalizada, que pudimos apreciar en La Habana, no puede pasar inadvertida para los gobernantes ni para los funcionarios que les ayudan a mantener el poder.

Conscientes de ello, han debido intensificar el control y desarrollar mecanismos cada vez más sofisticados. Sin embargo, han debido crear, además, los incentivos para que los funcionarios continúen en la ingrata labor de sojuzgar a sus compatriotas, de restringir su libertad. Los privilegios de los más altos funcionarios se legitiman ante sus subordinados sólo por la vía de entregarles también privilegios. Durante mi estada en la capital cubana pude comprobar innumerables ejemplos de esta penosa realidad.

XII. LA REVOLUCION Y EL COMUNISMO

Antes de viajar a La Habana, mi conocimiento sobre la Revolución Cubana se limitaba a la lectura de *Persona Non Grata* y de algunos números de la revista *Bohemia*, que hace muchos años había encontrado en la inagotable biblioteca de mi padre.

El anuncio del viaje fue muy repentino, y no tuve tiempo para releer el libro de Jorge Edwards. Consideré que habría sido una provocación llevarlo conmigo para repasar sus páginas. Los números de *Bohemia*, por su parte, apenas me dejaban algún recuerdo, aunque no he olvidado que los había de fecha anterior a enero de 1959 y también posteriores al triunfo de la Revolución.

También, hace varios años, había asistido a una conferencia de Huber Matos hijo, quien relató cómo Fidel Castro había traicionado los ideales de la Revolución, y matado o encarcelado a muchos de sus colaboradores más cercanos, entre los que se incluía su propio padre, el comandante Huber Matos.

De vuelta a Chile, impulsado por la agobiante necesidad de comunicar mi experiencia, empecé a escribir inmediatamente. Enterado de mi empresa, un amigo más letrado me recomendó la lectura de *Historia Contemporánea de Cuba*, del historiador británico Hugh Thomas.

Un fin de semana fue suficiente para leer más de quinientas páginas de esta excelente obra. Aunque reconozco mi condición de lector muy especial, debo decir que el libro entrega detalles muy reveladores del período de la Revolución. Aproveché también de releer *Persona Non Grata*. Así pude complementar mi conocimiento per-

sonal con otras visiones y, por sobre eso, con una gran cantidad de información que desconocía.

He intentado, aunque sé que es difícil, que la lectura del libro de Thomas no influya demasiado en mi relato. De hecho, los primeros ocho capítulos, con excepción del que se refiere al sistema económico socialista, fueron escritos antes que yo empezara siquiera a leer esa obra. He querido con ello conservar la pureza de mis primeras impresiones, libres de influencias distintas a mi vivencia personal.

Para mi tranquilidad, nada de lo que he leído con posterioridad ha hecho cambiar en forma significativa mi visión sobre Cuba. Me ha ayudado sí a comprender mejor algunas cosas. Ha enriquecido mi conocimiento, y eso es lo que pretendo transmitir en este único capítulo. La estructura y contenido de los demás ya estaban decididos con anterioridad.

Halaga mi vanidad el hecho de que algunas de las cosas que intuí, especialmente aquellas referidas al rol de Fidel y de Carlos Rafael Rodríguez en la estructura de poder, se han visto confirmadas al conocer mejor la historia de Cuba. Reconozco entonces la existencia de una razón adicional para no alterar los capítulos anteriores.

Siempre se ha especulado sobre el momento en que Fidel adhirió al comunismo. Se le ha acusado de ocultar su calidad de comunista para obtener el apoyo externo, y luego descubrir su verdadera cara. El lo ha negado, y creo que por esta vez dice la verdad. Thomas apoya su tesis con innumerables detalles que no voy a repetir aquí.

La historia de las relaciones entre Castro con el comunismo es fascinante. Estas estuvieron siempre marcadas por el afán de utilizarse mutuamente, y culminaron con la unión indisoluble que forman hoy día.

Fidel no era comunista ni antes ni durante la Revolución. El Partido Comunista, por su parte, lo apoyó sólo al final, y Carlos Rafael Rodríguez fue clave en esta relación. El hombre fuerte, en 1958, era Blas Roca, quien falleció mientras escribíamos estas páginas. Durante su

mandato, el comunismo pactó incluso con Batista y nunca consideró mucho a Fidel y su movimiento 26 de Julio.

Fue, como decíamos, Carlos Rafael Rodríguez quien descubrió su fuerza. Se dio cuenta de que era el líder que el comunismo necesitaba para llegar al poder, cultivó su amistad y se ganó su confianza. Carlos Rafael, el segundo hombre de su partido, incluso subió a la Sierra en plena Revolución para ofrecer su apoyo a Fidel. En ese entonces, el Partido dudó todavía algún tiempo sin decidirse a dar su bendición oficial. Sólo lo hizo ante la inminencia del triunfo de Castro. El comunismo no habría ganado la Revolución, no tenía tras sí al pueblo, pero hábilmente utilizó a Fidel, quien sí contaba con el apoyo popular, entre otras cosas, precisamente, por no ser comunista. Raúl Castro y el Che Guevara, en cambio, sí lo eran —o al menos, marxistas— y el Partido empleó con gran inteligencia la influencia que ellos tenían sobre Fidel.

La importancia de este hecho reside en que Castro no ganó el poder por la vía de las armas. Ese es un mito. La vía armada fue un elemento más dentro de una estrategia global. El nunca tuvo más de treinta hombres en armas, y las batallas de la Revolución jamás superaron los cien muertos. El triunfo se logró con el sabotaje, la organización de los comunistas, los atentados y la corrupción de las fuerzas armadas de Batista, lo que virtualmente las inutilizó. Además, la prensa internacional y los Estados Unidos fueron importantes elementos de apoyo.

En efecto, Fidel Castro consiguió el apoyo de la prensa extranjera, especialmente la de los Estados Unidos. Las cadenas de televisión norteamericanas lo filmaban en la Sierra Maestra y lo presentaban como un héroe romántico. Lo siguieron haciendo después de su triunfo, y cuando se dieron cuenta de su error, era demasiado tarde.

Los que se asombran del comportamiento de los Estados Unidos en Nicaragua, o incluso en Chile, deberían conocer la historia de su actuación en Cuba. Ambos

países eran aliados naturales y mantenían excelentes relaciones durante el gobierno de Batista. Presionado, no obstante, por la prensa y por algunos funcionarios del Departamento de Estado, el gobierno norteamericano retiró su apoyo al mandatario cubano y dejó de entregarle armamentos. Nunca miraron con simpatía a Fidel, desconfiaban de su relación con los comunistas, y aunque no lo apoyaron directamente, su actitud fue determinante en la victoria final. Hasta el último momento confiaron en su capacidad para manejar la situación interna de la isla.

La administración de Eisenhower recibió duras críticas de Kennedy por su proceder en el caso cubano. Probablemente el entonces senador tenía razón, pero su propia intervención como Presidente de los Estados Unidos no fue mucho mejor. La invasión de Bahía Cochinos, además de una comedia de equivocaciones, reflejó una ineptitud y una falta de resolución increíbles. Fue planeada y alentada por el gobierno estadounidense, que le quitó su apoyo en los momentos decisivos.

Siento una gran admiración por el pueblo norteamericano; sin embargo, creo que su mentalidad no ha permitido, a sus sucesivos gobiernos, comprender el fenómeno comunista. Millones de habitantes del mundo aún podrían verse favorecidos por un cambio de actitud de los Estados Unidos frente al comunismo.

Castro mantuvo su independencia frente al Partido Comunista durante sus dos primeros años en el poder. Pero su afán totalitario fue más fuerte. En su juventud admiraba a Napoleón, a Hitler y a Lenin. Comprenderán que su admiración no tenía raíces ideológicas. Le interesaban el poder, la manera de conquistarlo y, en 1961 que ya lo tenía, la forma de conservarlo.

Las libertades que persistían después de la Revolución fueron conculcadas sistemáticamente por el gobierno. La Iglesia Católica que, contrariamente a lo que afirma la propaganda comunista, mantuvo una actitud entre neutral y de apoyo a la Revolución, se convirtió en un

obstáculo y su voz fue acallada con brutalidad. La prensa, que mostraba a través de dos radioemisoras y un par de periodicos algunos arrestos de independencia, fue silenciada. Los políticos liberales, que habían apoyado a Fidel y que incluso ocupaban altos cargos en el gobierno, fueron vergonzosamente degradados. El caso más notable es el de Manuel Urrutia, primer Presidente de la Cuba Revolucionaria, que fue obligado a dimitir por ser anti-comunista declarado.

Raúl Castro, Carlos Rafael Rodríguez y Ernesto Che Guevara ocuparon paulatinamente posiciones cada vez más importantes en el aparato de poder. El turno les llegó entonces a los propios comandantes de la Revolución que no aceptaban someterse al comunismo y veían traicionado el espíritu libertario de su gesta. Huber Matos fue el primero; le seguirían muchos otros.

Al observar la forma como el gobierno ha logrado acaparar la totalidad del poder se comprende por qué finalmente Fidel Castro decidió convertirse al comunismo. Sólo su disciplina y organización eran capaces de proveerle la maquinaria que precisaba para conservar en forma indefinida el poder. Esta decisión, que debió meditar largamente, se mostró como la más conveniente para sus intereses cuando percibió que la revolución no solucionaba los problemas del país. Empezaron la desilusión, el descontento de algunos, las divergencias, las reivindicaciones de los grupos que se sentían dueños del triunfo. Fidel comprendió entonces que ahora era su turno para utilizar a los comunistas, en su propósito de conservar el poder a toda costa. Esta decisión determinó que se alineara con el bloque soviético, lo que también era fundamental para evitar la ruina definitiva ante el fracaso del socialismo. La historia de Cuba, desde esa decisión hasta hoy día, es la historia de un grupo de personas, encabezadas por Castro, que han logrado mantener el poder a toda costa.

Los primeros años después del triunfo de la Revolución tienen varias similitudes con los hechos acaecidos

durante el período de Allende en Chile. En ambos casos, el gobierno buscaba mayores cuotas de poder. Los instrumentos utilizados fueron, en muchas oportunidades, parecidos. El Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) fue fundamental en esa etapa. Más que un organismo encargado del manejo técnico de la reforma agraria, se constituyó en un centro de poder y agitación política. Las anécdotas que relata Thomas sobre el INRA son muy parecidas a las que sucedieron después en Chile: sementales finos que eran carneados "para alimentar al pueblo", jóvenes revolucionarios que decidían cambiar los criterios técnicos de manejo de la tierra y provocaban verdaderos desastres en la producción. . . Tal era el poder del INRA, presidido por el propio Fidel, quien, en un principio, tuvo a su cargo también las expropiaciones en el sector industrial.

El lenguaje utilizado era el mismo: la obsesión por la producción, los contrarrevolucionarios, el poder popular, la tierra para el que la trabaja, los fascistas, y el inevitable "compañero".

El ataque sobre la propiedad privada comenzó con acusaciones de acaparamiento y especulación a los empresarios. La escasez, consecuencia inevitable de la fijación arbitraria de los precios, empezó a hacerse crítica. Después de las denuncias venían las expropiaciones "solicitadas" por los sindicatos que, a esas alturas, eran dominados por los comunistas, luego de una purga de todos los dirigentes que no eran de confianza.

Los profesionales, los empresarios, empezaron a abandonar el país con una frecuencia creciente. Se sumaron a los partidarios de Batista muchos que no lo eran y que, incluso, habían prestado su apoyo a la Revolución. Sólo se les permitía llevar una maleta con algunas ropas y efectos personales, hasta que, al final, se prohibió la salida del país.

La gran diferencia entre la situación cubana a principios de la década de los sesenta y la de Chile diez años más tarde radicó en las Fuerzas Armadas.

El ejército cubano era un ejército corrupto, ineficiente y derrotado. Fue fácil para Fidel descabezarlo totalmente y poner al mando a sus comandantes, liderados por Raúl Castro. Sustituyó gradualmente a los militares de carrera por las milicias revolucionarias, conformadas por jóvenes que le profesaban lealtad personal. Entregó gran poder a la policía secreta, la G-2, que se constituyó en el arquitecto del sistema de vigilancia revolucionaria, vigente hasta nuestros días.

Conocemos en cambio lo que pasó en Chile con las Fuerzas Armadas. Pese a los intentos marxistas por infiltrarlas, por utilizarlas incluso, se mantuvieron incólumes. Cuando llegó el momento en que el fracaso del socialismo decidió al gobierno de Allende a sobrepasar la legalidad, concurren al llamado mayoritario del pueblo de Chile. Los cubanos desgraciadamente no tuvieron esa oportunidad. Sufren hoy día las consecuencias de los errores de un régimen corrupto, de la decisión y el voluntarismo de Fidel Castro, y de su alianza con el Partido Comunista.

XIII. LECCIONES CUBANAS

Fui a Cuba con la intención de acrecentar mi conocimiento personal mediante la experiencia de vivir unos días en un país socialista dominado por el comunismo.

Pese a mis prejuicios, parte del mito socialista había logrado engañarme. Creía que a costa de la supresión de las libertades, el socialismo había conseguido erradicar la miseria.

He vuelto con una visión distinta. El fracaso del sistema económico socialista ha sido tan grande, que Cuba está hoy día sumida en la miseria. Su gente no puede satisfacer sus necesidades básicas, y su gobierno ha logrado detener el tiempo sumiendo a los habitantes de este bello país en el atraso y la pobreza generalizados. Los patrones de consumo de las familias de La Habana, su calidad de vida, son peores a los de los más postergados y marginados de nuestra sociedad. La dominación de la gran masa empobrecida por una minoría privilegiada —crítica principal de los comunistas al capitalismo— encuentra en Cuba su expresión más perfeccionada.

Esperaba hallar una sociedad dominada por el totalitarismo, pero la comprobación práctica de su funcionamiento superó toda la previsión teórica que mi mente había sido capaz de generar. Los casi treinta años de comunismo han permitido a Castro y a sus colaboradores perfeccionar los mecanismos del control totalitario hasta límites impensados para alguien que no ha vivido esa experiencia.

Si quisiéramos rescatar algo positivo del proceso

que ha vivido Cuba desde 1959 hasta nuestros días, creo no equivocarme al afirmar que es el nivel educacional de su población. Aunque la atención y el nivel de salud pública son buenos comparados con la mayoría de los países latinoamericanos, debemos recordar que siempre lo fueron. El nivel educacional, en cambio, ha mejorado ostensiblemente. Pudimos comprobarlo, no sólo a través de las estadísticas, sino en nuestras conversaciones con la gente.

Esta fortaleza del sistema puede ser al mismo tiempo la fuente de su debilidad. La estrategia comunista de ocultar la verdad del mundo exterior para esconder su propio fracaso, no puede tener éxito permanentemente ante personas inteligentes y educadas. El descontento de la población es un secreto a voces. Basta hurgar un poco, desconfiar de la versión oficial al respecto, para descubrir el fondo del pensamiento de los cubanos, con toda su tragedia.

No he querido, sin embargo, quedarme solamente con el drama de este pueblo, pues he descubierto también su grandeza. De allí, he pretendido ir más allá hasta encontrar su esperanza, y me he visto frente al muro casi infranqueable de la vigilancia revolucionaria.

Los jóvenes que conocí me han dejado una huella imborrable. Me mostraron la realidad que viven. Me dieron la razón cuando, antes de conocerlos, pensaba, secretamente y sin evidencias, que la gente no podía estar contenta con una sociedad como ésa. Demostraron una entereza, un coraje y una luz de esperanza cristiana que son ejemplos para los jóvenes del mundo.

Cuando pisé suelo panameño, y abandoné el avión de Cubana, sentí una sensación extraña. Pese a que nunca vi amenazada mi seguridad personal, toda mi estada en La Habana estuvo dominada por una sensación de agobio. La falta de libertad se respiraba en el aire, y el trayecto desde la isla a Panamá transcurrió en medio de un cúmulo de reflexiones y pensamientos.

Entre esos pensamientos destacaban dos ideas, que

de pronto se convertían en una sola. Pensaba cuán cerca había estado nuestro país, nosotros, nuestras familias, de haber vivido un infierno semejante. Pensaba también que tenía un deber y sentía, además, la necesidad de comunicar lo que había visto. Lo he hecho en la forma en que he podido, y mi testimonio tiene un destinatario principal: la juventud chilena.

Los jóvenes chilenos no pueden permitir que sus hijos vivan en una sociedad totalitaria. Fidel Castro no era comunista cuando llegó al poder; la mayoría que lo apoyaba tampoco lo era. Su afán totalitario lo llevó a adherir a él. Debemos desconfiar de cualquier revolución de signo socialista, porque allí está el germen del totalitarismo comunista. En cualquier doctrina o ideología que anteponga el poder colectivo del Estado al individuo se incuban los peores enemigos de la persona humana, aunque sus reivindicaciones sean aparentemente razonables.

La juventud chilena debe aprender a apreciar las innumerables libertades de que goza en su vida diaria; debe luchar también por mantenerlas y acrecentarlas, y desconfiar siempre de las utopías socialistas. El socialismo es la negación de la libertad. . . ¡Miren, si no, a los jóvenes en Cuba!

Mis últimas reflexiones son para nuestros amigos cubanos. No puedo dejar de coincidir con ellos en que el control totalitario inhibe hoy día cualquier posibilidad de revertir su situación. Pero son jóvenes y tienen mucho tiempo por delante. Si no son ellos, serán sus hijos los que verán la ansiada libertad. Por ahora, deben agregar a sus méritos la verdadera lección que han dado a dos chilenos y, a través de ellos —espero—, a algunos más.

INDICE

I.	Introducción	1
II.	Primeras impresiones. La máquina del tiempo	4
III.	Los medios de comunicación social	8
IV.	Fidel y el Partido (1)	12
V.	Fidel y el Partido (2)	18
VI.	El sistema económico cubano	23
VII.	El <i>apartheid</i>	33
VIII.	Juventud cubana. Descorriendo el velo	40
IX.	Un <i>tour</i> diferente	49
X.	“La Habana no aguanta más”	56
XI.	El poder total	65
XII.	La Revolución y el comunismo	72
XIII.	Lecciones cubanas	79

Cinco días en La Habana narra las impresiones de un profesional chileno que, en representación de su gobierno, asiste, en marzo de 1987, a una conferencia internacional en Cuba.

El libro nos entrega, en una apretada síntesis, la experiencia de cinco días en que el autor alterna con Fidel Castro y otros líderes del régimen cubano, y sostiene interesantes conversaciones con jóvenes habitantes de La Habana, quienes le cuentan y le muestran la realidad de sus vidas, y sus anhelos y frustraciones.

A través de las páginas de esta obra se mezcla el relato de las anécdotas propias de la situación de un funcionario del gobierno de Chile en Cuba, con las impresiones del autor sobre variados aspectos de la sociedad de ese país: su sistema económico, los medios de comunicación y la influencia del gobierno en la vida diaria de los ciudadanos en un régimen comunista...



EDITORIAL ANDRÉS BELLO